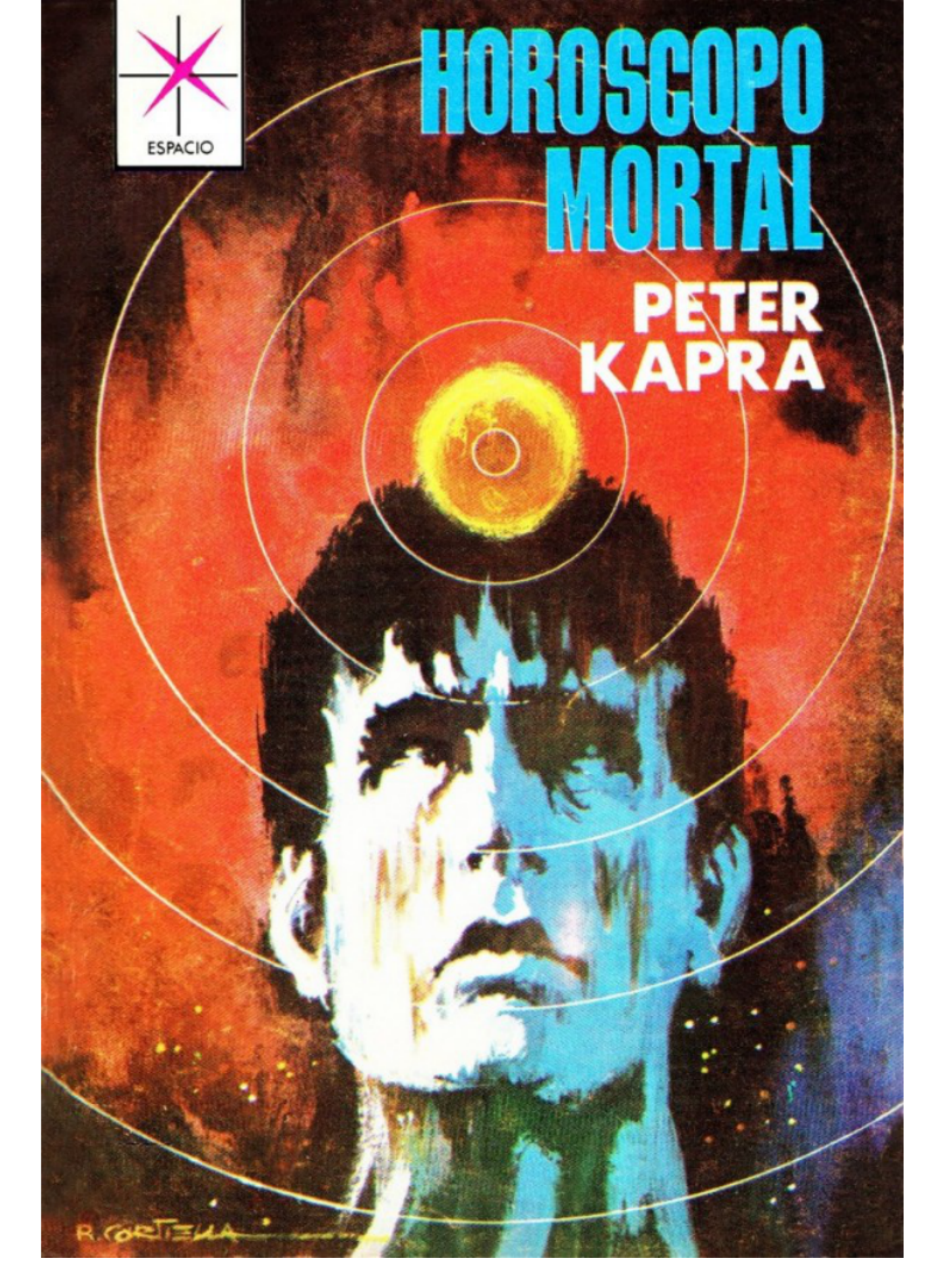

ESPACIO
HOROSCOPO MORTAL
PETER KAPRA
R. CORTIELLA

PETER KAPRA

Horóscopo mortal

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Portada: R. CORTIELLA

Depósito Legal: B. 24.385 – 1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Erizadas las costas atlánticas, desde Islandia a Ciudad del Cabo, de silos subterráneos, provistos de cohetes intercontinentales de cono múltiple, con cargas desintegradoras atómicas y la temible energía conocida con las siglas «CCSR» — *condensating charge of solar radium* —, capaz todo ello de pulverizar y derretir el continente americano, el famoso diplomático británico, Mr. Lynn B. Coopdem, había volado a Washington y conseguido el milagro de la paz.

El presidente Ryan había acudido personalmente al espaciopuerto de Baltimore a recibir a lord Coopdem. «Internacional Información» divulgó la noticia en prensa, T.V. y «multivisión».

»¡Lord Coopdem, Primer Secretario General del Parlamento Europeo y Asiático! ¡El presidente de la Unión de Estados Americanos sale a recibir al genuino representante de Eurasia!

»¡Paz, al fin!

Aquello era lo más importante desde la noticia del armisticio entre China y la U.R.S.S., después de cinco años de una guerra que había devastado el Lejano Oriente. Europa podía renacer aún. Y si los proyectiles afroeuropeos habían sido una amenaza para América, las rampas de lanzamiento y la flota atómica submarina, situada en «algún lugar del Atlántico», tampoco eran una panacea para Europa y África.

Todo aquello parecía hundirse como frágil castillo de naipes con la noticia. Lord Coopdem, ya archiconocido en los medios políticos y diplomáticos, se convirtió en la figura universal por excelencia.

A sus cincuenta años, Mr. Lynn B. Coopdem, segundo lord de Coopdem, acababa de alcanzar la cima de la política en nuestro viejo y atormentado mundo.

Reunió a los cancilleres y jefes de estado de más de cincuenta países y federaciones y los convenció para que lo nombraran primer secretario general del Parlamento Europeo y Asiático. Inmediatamente, el continente negro, aliado de Europa, refrendó su apoyo a lord Coopdem.

El Parlamento fue creado en veinticuatro horas, formándose con los Primeros Ministros de todos los países miembros de la Unión Paneuropea.

Una Asamblea General confirió plenos poderes a lord Coopdem, quien inmediatamente pidió una entrevista con el Presidente Ryan. Los caminos de la paz estaban abiertos. América perdonaba a Europa su actitud agresiva en el conflicto que asoló al Lejano Oriente y en el

que perecieron ochenta y tres millones de «voluntarios» americanos.

Además, lord Coopdem supo esgrimir hábilmente el persuasivo argumento de su fuerza: Si Ryan quería guerra, América sería borrada de la faz de la Tierra; por el contrario, Europa tenía posibilidades de sobrevivir, aunque quedase reducida a su mínima expresión.

Además, el año 2020 era propicio. Lo habían divulgado todas las agencias astrológicas, del mundo. Año «veinte-veinte», positivo, feliz, próspero, inicio de una nueva era telúrica y planetaria. Paz en la Tierra, paz en los espacios interplanetarios. Paz para la Humanidad.

Efectivamente, a mediados de enero, rusos y chinos, agotados ya, firmaron el armisticio. Los respectivos gobiernos en el exilio, uno en América y otro en Europa, eligieron Madagascar para firmar el pacto.

Era propicio, pues, el «veinte-veinte».

Y, como consecuencia del armisticio, cuando ya parecían a punto de enfrentarse los dos colosos, lord Coopdem unía a los europeos y pactaba con América.

Al comunicarse oficialmente la noticia, tanto en América como en Europa, levantándose, por tanto, la prohibición de paso de fronteras, fue declarado día festivo internacional e interplanetario. Las colonias espaciales, cuyos miembros habían permanecido casi al acecho durante cinco largos e interminables años también se unieron al júbilo general.

Luego, lord Coopdem regresó a Europa, visitó varios países, en un viaje rapidísimo, tras el cual se tomó unos días de descanso, en su finca de Gales del Sur, próxima a Cardiff, donde su esposa y su hija, Gina y Evelyn, le recibieron con honores de rey.

El diplomático llevaba varios meses sin acercarse por Coopdem Manor su residencia solariega, en uno de los lugares más tranquilos del mundo, rodeado de árboles y verdes prados. Se asombró al descubrir coches blindados, plataformas antitanques, enormes vehículos con tropas y centenares de policías y agentes secretos.

— ¿Qué significa esto, Robin? — preguntó a su secretario.

— Medidas de seguridad impuestas por la «Security Agency».

— ¡Pero esto es absurdo! ¡Ni siquiera Su Majestad el Rey está protegido así! ¡Exijo que se respete mi propiedad particular! ¡Hable con el general en jefe de la «S.A.», Robin…! ¡Esto es inaudito!

* * *

Evelyn Coopdem empujó la puerta del despacho de su padre y dijo a su apuesto acompañante:

— Pase usted, coronel Flak.

Lord Coopdem estaba detrás de su antigua mesa de caoba, en un despacho regio, estilo Victoriano. Arqueó las cejas al ver entrar al joven de la chaqueta color malva, «acuchillada», calzones ajustados y sandalias de «fiberglass» casi invisibles. Pero lo más destacado de aquel singular individuo era su larga cabellera rubia, que le caía en desorden sobre los hombros y la espalda, y que le daba un aire extraño de «hippy» del pasado siglo.

— ¿Eh, quién es usted?

— Iran Flak, señor — contestó el joven con desenvoltura —. Coronel de Seguridad.

— ¿Coronel con esos pelos, amigo?

— ¿No es usted Primer Secretario General y está casi calvo? — respondió el visitante, haciendo sonreír a la encantadora Evelyn.

— ¿A qué viene? ¿Cómo le has dejado pasar sin anunciármelo, Evelyn? — preguntó lord Coopdem, molesto.

— Perdona, papá. El coronel Flak parece mandar aquí más que tú.

— ¿Cómo? — exclamó el político, poniéndose en pie de un salto.

— Disculpe a su hija, señor. No es eso exactamente. Yo no mando aquí más que usted. Pero soy responsable de su seguridad personal y eso me obliga a ciertas molestas exigencias.

— ¡No consiento que nadie me venga con exigencias, coronel!

El joven sonrió, y luego se volvió a Evelyn.

— Dicen por ahí que su ilustre padre es diplomático.

— ¿Qué atrevimiento es éste, jovencito?

Iran Flak pareció perder la paciencia. Se acercó al Primer Secretario General, se apoyó en la mesa con ambas manos y repuso:

— Cálmese, señor. No estoy aquí por mi gusto. Pero puede tener la absoluta certeza de que, mientras esté aquí, usted no dará un paso sin consultarme.

— ¡Eso es demasiada insolencia por su parte! ¡Fuera de aquí! — gritó furioso el hombre más popular del mundo.

Iran Flak ni se inmutó. Dijo en tono displicente, para regocijo de Evelyn:

— Delante del primero no puede haber nadie; tampoco detrás del último. Si usted vive, vivo yo; si muere, seré ejecutado. Eso quiere decir que si usted y el mundo quieren vivir, yo también. Y si me han enviado aquí a protegerle, el general Bessard sabe por qué.

Evelyn, que conocía a su padre, decidió intervenir:

— ¿No oíste hablar del comandante Flak, papá? Evitó el secuestro del mariscal Zubianov... Realizó el rescate de Alejandro Marcel, de la cárcel submarina de Tosoko...

— ¡Flak! ¡Iran Flak! Pero... ¿Y ese disfraz?

— Estas ropas y este aspecto me permiten mezclarme con la gente sin llamar la atención, señor. Llevo sufridas doce operaciones faciales de cirugía plástica.

— ¿Es usted, pues, el jefe de toda esa fuerza que vi al llegar? — preguntó lord Coopdem.

— En parte, sí. El general Bessard trata de convencer al Departamento del Ejército y al Ministerio del Interior para que retiren sus tropas y efectivos policíacos. Nosotros nos bastamos para conservarle vivo.

— ¿Cómo lo logran?

— Es fácil — respondió Iran con desenvoltura —. La «Security Agency» cuenta con cinco millones de agentes. Y le advierto que el más inútil de todos desempeñaría perfectamente las funciones de jefe de policía en Londres.

— ¡Usted debe de ser un genio, pues, Iran Flak!

— Confieso que sí — se burló él, sonriendo y mostrando una blanca fila de dientes, dentro de los cuales llevaba el más complicado sistema de microcircuitos electrónicos que nadie pudiera imaginar.

Lord Coopdem terminó por sentarse y ofrecer un asiento a su visitante. Su hija, que no quería perderse la entrevista, se sentó en el borde de la mesa, ofreciendo a Flak la hermosa vista de sus bien torneadas piernas, enfundadas en medias verdes y rojas.

— ¿Me permite, señor? — preguntó Iran, quitándose la peluca rubia y dejándola sobre la mesa.

El Primer Secretario General arqueó las cejas y admiró el oscuro y corto cabello del coronel de Seguridad.

— Me molesta mucho.

— Le encuentro así mucho mejor.

— Gracias, señor. Tenemos que hablar del horóscopo del mago Zodiásgalo.

Al decir esto, Iran sacó una cajita del bolsillo y la dejó sobre la mesa. Luego, con disimulo, accionó sus dientes.

— Escuche esta grabación, registrada anoche en las oficinas de cálculo astrológico que el mago Zodiásgalo tiene en Berlín.

La cajita pareció zumbar, y al momento, una voz grave surgió de alguna parte.

«—AP-1.230. Lord Coopdem. Día 15 de junio del año 2020. Conjunción astral comprobada. Aries, en Marte. Declinación trigónica. Saturno, en Escorpión. Menguante lunar, 12.° Oposición de Júpiter, en Tauro. Día fatal: asesinato inevitable».

Lord Coopdem ni parpadeó siquiera.

— ¿Cree usted en esas cosas, coronel Flak?

— Soy de los que consulto con los signos del Zodíaco cada vez que emprendo una misión. Jamás me han fallado. Por eso estoy aquí, créame. He demostrado al general Bessard que mi día favorable es, precisamente, el quince de junio. No puedo fallar.

— Entonces, eso es un contrasentido — intervino Evelyn Coopdem —. El horóscopo de Zodiásgalo está equivocado.

— No, no lo está. ¿Qué proyectos tiene usted para el día fatal?

Lord Coopdem consultó una agenda electrónica que guardaba en un cajón. No le gustaba tener sobre su mesa clásica aparatos de vanguardia.

— Un discurso... Dos entrevistas... Viaje a... ¡A Berlín, precisamente! ¿Dónde se producirá ese inevitable asesinato?

— El horóscopo es local, señor — respondió Iran Flak, muy serio —. Pero usted no hará ese viaje.

— ¡Me es imposible suspenderlo! ¡Debo entrevistarme con el canciller Hartmann!

— No lo suspenderá. Irá un sosias en su lugar — dijo Iran, muy serio.

— Pero... ¡Si el horóscopo resulta cierto, ese hombre morirá por mí!

— Escuche, señor. Le repito que confío más que nadie en los astros. Sé que existe ese fluido vital magnético que influye en las personas de una manera decisiva. Nuestro destino está señalado por los astros. Es inevitable... ¡Pero usted no morirá!

— ¡Morirá otro en mi lugar!

— De eso ya hablaremos el día quince o dieciséis, señor —dijo Iran Flak gravemente—. Hay excepciones hasta en los misterios del destino y un asesinato es una fatalidad que puede evitarse, si se monta un buen servicio de vigilancia.

«¿Por qué ha dé morir nadie en su lugar, si ese destino sólo es de usted? Y, desde luego, nosotros cuidaremos de que no vaya a Berlín ese día.

— Creo que el contenido de esa extraña cajita de música fúnebre les ha inquietado a ustedes un poco — dijo lord Coopdem, sonriendo.

Evelyn, que estaba pálida y muy seria, habló con voz insegura:

— Tienes que hacer lo que dice el coronel Flak, papá.

— ¿Qué haces aquí tú, interviniendo en mis asuntos privados? — exclamó Lynn B. Coopdem, adoptando una actitud entre risueña y cómica para quitar gravedad al caso.

— La señorita Coopdem sí que hará ese viaje a Berlín, señor.

— ¿Eh? ¡Ah, eso sí que no!

— Irá — dijo Flak en tono tajante —. Y le acompañará la esposa de

usted.

— ¡Ni mucho menos! ¡Si tienen un sosias mío, y para sus planes desean que vaya mi familia, busquen sustituías también para ellas!

— Lo siento, señor. Aunque removiera usted cielo y tierra para modificar el proyecto que estamos preparando, nadie moverá un dedo para impedirlo. No tiene usted opción en esto. Su vida es demasiado importante para la Humanidad.

»No sabemos aún lo que hay detrás de esa información «filtrada». El mago Zodiásgalo lo dará a conocer de un modo u otro, porque su prestigio está más allá de todos nosotros. Es una postura. Hay millones de seres que creen en él. Ha hecho vaticinios y profecías espeluznantes, y todas se han cumplido.

»La «Security Agency» está empeñada en que Zodiásgalo se equivoque. Si no es así... ¡pobres de nosotros! ¡Nadie podrá impedir lo que usted ha impedido hasta ahora!

— La paz no está segura aún — admitió lord Coopdem en tono vacilante.

— Por eso nos interesa a todos que usted logre el desarme total, con las bases de su programa. Escuche, señor, no importa lo que se pierda aquí, si usted o nosotros, su esposa, su hija o yo, que haré de «sosias», sino que importa la paz, por encima de todo.

— ¿Usted ocupará mi lugar? — exclamó lord Coopdem, atónito.

Iran Flak sonrió.

— Sí. Y ni usted mismo sería capaz de notar la diferencia, se lo aseguro. Le repito que todo está estudiado y computado. Los astros van a sufrir un desengaño... ¡El día quince es mi día favorable!

* * *

¿Quién era Iran Flak?

Podría decirse que había alcanzado el grado de coronel a los treinta años, gracias a su prodigioso cerebro, a un valor inaudito y a una suerte extraordinaria.

Cursó la carrera de las armas por expreso deseo de su abuelo — los padres de Iran, murieron en accidente aéreo siendo él muy pequeño—, quien les dejó una cuantiosa fortuna.

A los veinticuatro años, Iran Flak se graduó como capitán, después de regresar, herido, de las guerrillas antárticas. Fue entonces cuando ingresó en la «Security Agency», organismo militar europeo, conocido como el «FIEALISEPID», que era la unión militar y económica de Francia, Italia, Bélgica, Alemania, Luxemburgo — con Holanda y Lichestein—, Inglaterra, Suiza, España, Portugal, Islandia y

Dinamarca. Todos estos países, y más que se agregaron después, al estallar la guerra ruso-china, formaban el bloque europeo, aliado de África.

La «Security Agency» creó delegaciones en todas las importantes ciudades europeas, cuya misión consistía en velar por la seguridad de Europa, en una singular mezcla de policía militar y agentes secretos.

Precisamente, los agentes de aquel organismo debían renunciar hasta a su propio nombre. Iran Flak se había llamado, hasta entonces, David Bogdam. Pero tuvo que cambiar de nombre para dedicarse enteramente al cumplimiento de su misión. Sólo en caso de muerte o cese, recobraba su nombre auténtico.

El capitán Iran Flak pronto demostró estar capacitado para las más peligrosas misiones. Su nombre de guerra se hizo célebre cuando un grupo de agentes chinos, infiltrados en Inglaterra, trataron de secuestrar al mariscal ruso Zubianov, que se encontraba en Londres en misión diplomática. La labor de Flak fue elogiosa y valiente, desbaratando los astutos y bien trazados planes del comando chino.

Posteriormente, un diplomático francés, capturado por las tropas chinas y encerrado en la prisión submarina de Tosoko, fue liberado por Iran Flak y un reducido grupo de agentes de la «S.A.», aunque las autoridades de Shanghai habían negado saber nada del diplomático francés.

La misión de Flak, en Oriente, con riesgo de ser descubierto y fusilado, consistió en localizar a Alejandro Marcel y rescatarlo, cosa que logró, dejando en ridículo a los dirigentes chinos.

Flak realizó otras misiones más importantes aún, y que permanecían en secreto por motivos de seguridad internacional, como la de ser enviado a la Luna y descubrir la instalación de proyectiles «CCSR», colocados allí por los americanos con el propósito de intimidar a Europa.

Después de averiguar el misterio americano en la Luna, Flak regresó a la Tierra sin haber sido descubierto. Los diplomáticos europeos pudieron mostrar al mundo las intenciones agresivas de Washington y la instalación tuvo que ser desmantelada. Aquella noticia no saltó a la información internacional, pero Iran Flak fue condecorado por la «Security Agency» y ascendido a coronel.

Iran Flak era un agente extraordinario, capaz incluso de paralizar y destruir su propio cerebro, en caso de ser detenido en una misión peligrosa, por medio de una singular instalación que los científicos de la «S.A.» le habían injertado en el cerebro.

La «batería» electrónica en miniatura era un secreto sólo conocido por él y unos pocos técnicos. Cada uno de sus dientes y muelas

postizas — pues Iran Flak había perdido sus propios dientes en la Antártida — era un minúsculo y complicado micro-circuito de múltiples utilidades. Una grabadora de sonido, con hilo de una diezmilésima de milímetro, funcionaba en un espacio similar al de un grano de arroz. Iran Flak podía hacer fotografías magnéticas mientras sonreía.

Pero en distintas partes de su cuerpo, oculto en cápsulas, bajo la piel, llevaba un arsenal de armas iónicas y fotónicas, que eran fruto de la más depurada técnica del siglo XXI.

Y, por si esto fuera poco, Iran Flak podía, en pocas horas, cambiar de fisonomía, de aspecto, engordar o adelgazar, modificar el color de sus ojos, de su cabello y hasta cambiar de piel y de pigmentación.

Tenía una contraseña, grabada en su cerebro y modificada periódicamente, servía para identificarle. Si Iran Flak no podía alguna vez coincidir con un código secreto que sólo tenía el general Bessard, su muerte estaba decretada por «autodestrucción».

Iran Flak llevaba siempre la muerte consigo y no se inquietaba.

CAPÍTULO II

Un hombre grueso, de mediana edad, con gorra de fieltro y ropas de tejido metálico, verdoso, entró en el «Glory's», en la Avenida de Europa, de Londres. Cruzó el primer salón y se acercó al mostrador plateado. Aquel establecimiento estaba automatizado totalmente, pero disponía de empleados para el servicio directo.

Un «barman» se acercó al hombre, sonriendo:

— ¿Qué desea? — preguntó solícito.

—«Venecia y alba». Soy el coronel Iran Flak — dijo el cliente.

El empleado asintió con la cabeza y se acercó seguidamente a una de las placas de control de servicio, donde pulsó una barra electrónica. Ante un disimulado micrófono, musitó:

— Dice llamarse Iran Flak y ha dicho «Venecia y alba».

Junto con un botellín oscuro y fresco, que surgió de la ranura de servicio, un círculo luminoso indicó al empleado que el visitante podía «ser admitido», porque su contraseña era exacta. Aquel día, Iran Flak, en todos sus contactos con la «Security Agency», debía mencionar la contraseña indicada. En caso de ser necesario cambiarla por algún motivo, lo que no había ocurrido nunca, el propio general Bessard se pondría en comunicación con sus agentes.

Antes de penetrar en los apartamientos interiores y secretos del «Glory's», Iran Flak degustó el refresco que le sirviera el barman, pagó un «euro» y medio, y luego se dirigió hacia uno de los salones interiores. Allí, extrañamente, desapareció «a través de una pared», hallándose en una oficina donde había una hermosa joven como recepcionista.

— ¿El coronel Iran Flak? — preguntó la joven, mostrando su mejor sonrisa.

— El mismo, preciosa.

— Gracias por la galantería. Tiene usted fama de pronunciar frases ingeniosas. Si me dice una, le dejo pasar —dijo la muchacha, sonriendo.

— ¿Una frase ingeniosa? Veamos... ¿Hasta dónde le gustaría llegar en la «S.A.»?

— ¡Hasta la cumbre! — replicó la joven recepcionista con vehemencia.

— He ahí mi frase: Más arriba de la cumbre es imposible subir... ¿Qué, me deja pasar, preciosa?

La joven sonrió y presionó un pulsador electrónico. Una puerta se descorrió a su derecha. Iran saludó, empezando a quitarse la gorra, y

luego cruzó la puerta, hallándose en un pasillo. La puerta se cerró a su espalda.

El pasillo tenía unos veinte metros de longitud y no mostraba ninguna puerta a derecha ni izquierda.

Estaba iluminado por lámparas de cuarzo empotradas en el muro.

Al fondo del pasillo, Iran se detuvo. Allí fluctuó algo a sus lados y la pared se descorrió en silencio, dando paso a una antesala circular, en cuyo centro había un mostrador giratorio y seis puertas.

Dos oficiales uniformados se hallaban detrás del mostrador. Aquél era uno de los controles de acceso a las oficinas de la «Security Agency» en Londres.

— El general Bessard le espera en el despacho «C», coronel Flak — informó uno de los oficiales.

Una de las puertas estaba marcada con la letra «C». Al situarse frente a ella Iran, la puerta se descorrió. Detrás, a medio metro, había otra. Entró en el reducido espacio. Se cerró la puerta trasera y, al instante, se abrió la otra.

Iran Flak, disfrazado de hombre grueso, y en nada parecido al joven que conocía lord Coopdem y su hija, entró en un despacho de aspecto sobrio, donde se hallaba un hombre de unos cincuenta años, alto y bien proporcionado, que vestía ropas azules de paisano.

Iran Flak conocía a su jefe, aunque éste no conociera a Iran. Pero Bessard no se confundía jamás con Flak, pese al cambiante y mutable aspecto del hombre de su máxima confianza.

Sólo tenía que oír hablar a Flak. Era suficiente para él. El aspecto no contaba. E Iran jamás modificaba su acento ante su superior.

— ¿Qué tal, señor?

— Bien. Y preocupado... Siéntate, Iran. Aquí tengo la placa de todo el caso. Disponemos de una perfecta información respecto al mago Zodiásgalo... Un tipo peligroso.

— ¿Quién me matará?

— No tenemos ni idea.

— ¿A eso llama usted una información perfecta?

— No se ha podido obtener nada más. Sólo nos ha faltado preguntarle al mago.

— ¿Quién la ha obtenido?

— Zachary Müller.

— Buen elemento. Veamos la placa.

El general Bessard abrió una cartera de mano, metálica, que tenía sobre la mesa, de la que extrajo una especie de caja rectangular, de color gris, con varios conmutadores, que le tendió a su visitante.

Iran puso ante sí la caja y presionó tres conmutadores.

«—Zodiásgalo es polaco. Nació en Varsovia, hace cuarenta y tantos años. No fue registrado. Estudió en Moscú, fue expulsado de la Universidad y apareció, algunos años después, en Berlín.

»Su verdadero nombre es Tanzy Osverno. El sobrenombre de Zodiásgalo lo adoptó en la Universidad de Serre, donde estudió astrología y astronomía, con notable provecho. Sin embargo, parece ser que ya venía preparado de Polonia o Rusia.

»Tiene montada su oficina técnica en la Rhurstrasse, 72, se trata de un edificio de su propiedad, con veinte plantas, a cuyas dos últimas, donde él reside, es imposible llegar, debido a la estrecha vigilancia establecida.

»Sin embargo, hemos podido infiltrar allí hasta nueve agentes. Dos de ellos llevan algunos años trabajando para Zodiásgalo. Los otros siete ocupan cargos sin importancia.

«Sabemos que Zodiásgalo goza de fama mundial y que recibe más de veinte mil peticiones de horóscopos cada día, lo que permite un ingreso de más de cien mil «euros» diarios en las cuentas corrientes del mago.

«Zodiásgalo influyó poderosamente en las elecciones del canciller Hartmann. Le ayudó económica y políticamente, dada la gran ascendencia del astrólogo en la vida pública alemana...»

Iran Flak presionó otro conmutador y el informe quedó interrumpido.

— Lo estudiaré con más detenimiento esta noche — dijo—. Hablemos del plan operacional. ¿Hay modificaciones?

— ¡Pobres de nosotros si las hubiera! No cambiaré nada de lo que ordenen las computadoras «activas». ¿Qué ha dicho lord Coopdem?

— Ha puesto el grito en el cielo.

— Se tendrá que callar. Más vamos a perder nos otros, si algo falla. ¿Cuándo le sustituirás?

— El día catorce. Él tomará mi aspecto y regresará a Londres, alojándose en mi casa de Surrey. Yo pasaré la noche en Coopdem Manor, y al día siguiente, después del discurso y las entrevistas con Sakken y Novorov, me reuniré con Gina y Evelyn Coopdem y tomaremos un avión-cohete hasta Berlín.

— Bien. Allí está todo programado — añadió Bessard—. En el informe 5-A podrás contar tus pasos.

— ¿Cuántos agentes me vigilarán?

— Quinientos uno, en total.

— Número peregrino. ¿Quién es el uno?

— Tú mismo.

— Torpe de mí. ¿Serán suficientes?

— Esperemos que sí.

— ¿Y a él, en Surrey?

— Ciento veinte. Se han escogido los mejores.

— Me preocupa él más que yo, general.

— A mí también. Sería terrible un fracaso. Pero eso tiene solución. Es casi mejor que muera «Iran Flak» que no lord Coopdem.

— ¿Ocuparé yo la Secretaría General, si le matan?

— Al menos, hasta que se consiga el desarme.

— ¿Quién asume esa responsabilidad?

— El Consejo Parlamentario Euroasiático.

— ¡Hum! ¡Menudo congreso de espías! ¡Hay más intereses personales y privados en ese cónclave que en el resto del mundo!

— A todos interesa la paz.

— Sí, el miedo nos vuelve honestos. Cinco puertas del Consejo son cinco traidores.

— ¿Ya estás con tus cábalas?

— Preferiría que este asunto lo llevásemos nosotros exclusivamente.

— Eso sería tecnocracia. Es preferible que se nos respete. Siempre podemos decir una cosa y hacer otra. Usando tu fraseología, la vida es un puro remiendo.

— ¡Cuidado, general Bessard; yo no he dicho eso jamás! Pero es cierto —Iran Flak sonrió. Y añadió—: Evelyn Coopdem es muy bonita.

— Lo sé… ¿Sabes que alguien se ha mudado al piso de encima de tu apartamiento, en Sürrey?

— ¿Cuándo?

— Ayer.

— ¡Hum! No estuve allí. ¿Quién?

— Unos recién casados. Vienen en viaje de novios… Viktor y Didia Efremov, de ascendencia rusa, pero comerciantes desde hace varias generaciones por parte de él. Poseen una galería de arte en Picadilly.

— ¡Ah, sí! Compré una vez un cuadro oriental en la Galería Efremov.

— No son sospechosos. Pero hay algo raro. El apartamiento estaba vacío desde hacía meses. Pedían doce mil «euros» y nadie se lo quedaba. Ese matrimonio, a pesar de tener una finca a veinte millas de Londres, han pagado seis meses de alquiler.

— Deben de tener mucho dinero. Supongo que Collins no explotará mi nombre. No figuro allí ni en los buzones.

— No, no es eso. Me preocupa que los recién casados hayan estado en casi toda Europa, menos en Alemania.

— A mucha gente no le gusta Alemania. ¿No es usted demasiado

suspicaz?

— Si no lo fuese, no estaría aquí. Desde Suiza, por ejemplo, se puede ir en media hora a Berlín, en avión-cohete. Y en Suiza, concretamente, los Efremov estuvieron ausentes seis horas. No ha sido posible averiguar dónde pasaron esas seis horas.

— ¿Se ha preguntado a los árboles de los parques públicos? Deduzco que los recién casados buscan la soledad. ¿Y ella?

— Intachable. Didia Jung, universitaria, hija de un arquitecto de la City. Moderna, exótica, conoció a Viktor en la galería, se enamoraron y helos ahí, convertidos en los que harán temblar las lámparas de tu techo en sus horas bajas.

— No me interesan las recién casadas. Le advierto, señor, que Evelyn Coopdem ha alterado mi célula catódica.

El general Bessard sonrió y dijo:

— Me opondré enérgicamente a que te conviertas en un padre y esposo prudente. Tus locuras nos han proporcionado muchos éxitos.

— En sus labios, señor, eso suena a ascenso.

* * *

Gracias a un sistema especial de «vigilancia invisible», Coopdem Manor quedó casi libre de vigilancia. Sólo se veían las fuerzas de seguridad necesarias para no llamar la atención, habida cuenta de que allí vivía uno de los individuos más importantes de Europa y, posiblemente, del mundo entero.

En realidad, la vigilancia consistía ahora en procedimientos electrónicos perfectamente sincronizados, capaces de reunir a diez mil hombres armados, en torno a la finca, en menos de quince segundos.

Además, lord Coopdem podía salir y entrar con entera libertad de movimientos, utilizando vehículos cuyo control remoto estaba en poder de las oficinas técnicas de la «S.A.».

También llegaban personajes importantes a Coopdem Manor. Era Alex Robin quien los recibía y los acompañaba, bien al despacho de su jefe, bien al salón privado.

El día catorce de junio, poco antes del mediodía, en un estrafalario automóvil de suspensión magnética, llegó el exótico joven de la cabellera rubia y larga, cuyo vehículo se detuvo ante la verja. Un oficial de vigilancia se acercó y preguntó:

— ¿Qué desea usted?

— Lord Coopdem me espera... Soy el coronel Iran Flak. Registre su control... «Eterna y azul celeste».

El oficial, sin inmutarse, registró en su control radioeléctrico y

detectó el círculo afirmativo.

— ¿Qué hacen ahí esos periodistas? —preguntó Iran, señalando a un lado del camino, bajo los árboles, a varios hombres con cámaras provistas de teleobjetivo.

— Están acreditados.

— ¿Han desmontado ustedes las cámaras? Dentro de uno de esos objetos puede ocultarse un arma iónica.

El oficial replicó en tono eficiente:

— Todo ha sido comprobado, señor Flak.

La verja se abrió y el visitante enfiló por el asfalto hacia la casa, distante unos quinientos metros.

Evelyn Coopdem, ahora vestida como una libélula amarilla, le estaba esperando en el suntuoso porche, paseando. Al verlo llegar, saltó al césped y corrió hacia la entrada del garaje.

— ¡Iran!

— Hola, flor volátil. ¿Preparada para el beso paternal?

— Mamá está muy nerviosa.

— Le daremos un calmante. Está previsto. ¿Y tú?

— Me encanta la aventura.

— ¿Crees que tu padre podrá conducir este cacharro?— preguntó Iran, golpeando el volante.

— Sí. Tuvo uno parecido. Pero no pintado de ese modo.

— Si se hubiese paseado por Londres o Cadiff con un coche pintado así, ahora no sería Primer Secretario General. ¿Qué teme tu madre?

— Teme que falle algo.

— Lo imprevisible es inevitable... No, no es una frase, sino un axioma. Pero la «S.A.» no fallará. Hemos pensado en todo. Y lo que no se ha pensado, lo han previsto las «posibilizadoras electrónicas»... ¿Qué más?, les preguntamos. Y nos responden, en cinta perforada: esto, eso, aquello, lo de más allá, lo otro. Una vez me dijeron que me pusiera un parche en un ojo. Singular, ¿eh?

— ¿Un parche en un ojo? ¿Para qué? — se extrañó Evelyn.

— Para evitar la difracción. Eso me permitió ver algo con un solo ojo. Allí estaba la clave... Aguarda, voy a dejar el rayo.

Iran se alejó hacia el garaje y no tardó en regresar, caminando alegremente. Tomó a Evelyn del brazo y penetraron juntos en el vestíbulo, donde se hallaba Alex Robin, el serio, eficiente, grave y circunspecto galés, mano derecha y hombre de toda confianza del Primer Secretario General.

— ¿Qué tal, coronel Flak? Lord Coopdem ha preguntado por usted.

— Me espera. No se moleste, Robin. Conozco el camino.

— Estaré en la biblioteca, por si me necesitan — dijo Alex Robin.

Evelyn y Flak se dirigieron al despacho de lord Coopden, cuya puerta estaba entreabierta. Se sorprendieron de hallar allí a lady Coopdem, hablando con su esposo.

— Hola, lady Coopdem...

— Hola, coronel Flak. Esto no resultará. Estoy muy excitada.

— Cierra la puerta, Evelyn — dijo Iran, sonriendo—. Ahora van ustedes a ver uno de mis trucos más importantes. ¿Pasamos a la sala contigua, señor? Tiene que darme sus ropas. ¿Comprende ahora la razón de mi chaqueta acuchillada y mi aspecto? Tenemos la misma estatura, idéntica complexión, pero no somos iguales. Venga.

Iran Flak tomó familiarmente por el brazo a lord Coopdem y los dos desaparecieron tras una recia puerta de roble que comunicaba con un salón inmediato.

Allí, Iran empezó a sacar objetos de sus bolsillos. Pequeñas cajas, pinceles, pinturas, varios frascos.

— Vaya usted quitándose esas ropas, señor. Aquí está todo... ¡Ah, las microlentillas y el pigmentador!

Primero, Iran se quitó la peluca rubia y luego se arrancó la máscara transpirable, ¡mostrando debajo las mismas facciones que lord Coopdem, su mismo escaso cabello y hasta las más insignificantes manchas y pecas de su piel!

—¡Increíble! —exclamó Lynn B. Coopdem.

— En cuanto me cambie el color del iris y me ponga las fundas de los dientes, seremos inconfundibles — dijo Iran, procediendo a introducirse en los ojos las microlentillas—. Vamos, quítese la ropa. Si deja algunos «euros» en sus bolsillos, puede perderlos. Todo lo que llevo encima lo considero mío.

— ¿Le pagan poco en la «S.A.», coronel?

— No me pagan nada. Lo tengo todo pagado. Como siempre estoy de servicio, mi capítulo de gastos se registra electrónicamente. Cuesto a Eurasia muchos miles de «euros» al mes. Pero no tengo nada más que mi propia fortuna particular... ¡Ah, ésta ha aumentado bastante desde que me la dejó mi abuelo!

Lord Coopdem se había casi desvestido ya, quedándose sólo en ropa interior. Tomó las extrañas prendas que le dio Iran y se dejó poner la máscara transpirable. Como ambos tenían el mismo rostro, la máscara le venía al lord perfectamente.

— ¿Qué tal? Le haré unos retoques en los labios y los párpados. No se quitará usted esto hasta pasado mañana. Podría resistir un mes con ella, y hasta se habituaría a llevarla... Abra bien los ojos...

Cuando poco después salieron al despacho, las dos mujeres

pensaron que no se había hecho suplantación... ¡Y su sorpresa fue mayor al oír a los dos hombres hablar con la misma voz!

— ¿Parezco lord Coopdem, Gina? — preguntó Iran Flak, sonriendo.

— ¡O, es perfecto! ¿Y esa voz?

— Soy un experto ventrílocuo... Adiós, Iran Flak, espero que todo vaya bien en mi apartamiento de Surrey. ¿Lo estudió todo?

— Casi... ¡Desde luego, convencerá usted al canciller Hartmann, coronel!

— ¡Más me interesa convencer a los que quieren asesinarle!

CAPÍTULO III

Todo se realizó como estaba previsto. A las cuatro en punto, lord Coopdem, vistiendo las ropas de Iran Flak, con las falsas facciones de éste y al volante del llamativo y estrafalario coche del coronel de la «S.A.», abandonó Coopdem Manor, para trasladarse a Londres.

Era un viaje largo, pero utilizando la autopista radial Cardiff-Londres, por la que se podía conducir a ciento ochenta kilómetros-hora, la distancia quedaba notablemente disminuida.

Pero lord Coopdem no iba solo. Una red, compuesta por ciento veinte agentes de la «S.A.», empezó a funcionar desde el instante mismo en que abandonó su mansión solariega. Algunos reporteros gráficos, al verlo, decidieron seguirle. Aquel joven de largos cabellos rubios «podía ser noticia».

En distintos puntos del trayecto, coches y helicópteros rápidos se pusieron también en movimiento, relevándose y comunicándose información cifrada.

Todo esto duró hasta que el falso coronel Flak llegó a Surrey, en las inmediaciones de Londres. Allí, el estrafalario vehículo se detuvo ante un moderno edificio de apartamientos.

Lord Coopdem dejó el coche en la entrada. Los empleados del garaje lo llevarían a su sitio, hasta que lo pidiera su dueño.

Era ya casi de noche y el conserje saludó a «Iran Flak» con un gesto cordial. Aquel hombre también pertenecía a la «S.A.», así como el ascensorista uniformado.

Lord Coopdem no podía quejarse en cuanto a lujos. Aquel edificio no era, ni mucho menos como el apartamiento que él tenía en Londres, o su mansión de Cardiff, pero reunía todas las condiciones esenciales de lugar acogedor y agradable. Un coronel de la «S.A.», no podía vivir de cualquier manera.

Un criado, con uniforme oscuro, aguardaba en el vestíbulo, al abrirse la puerta del ascensor directo.

— Buenas noches, señor Flak.

— Hola... ¿Cuál es su nombre?

— Jackie Lorran — respondió el criado, sonriendo.

— ¡Ah, sí, perdón!

— Está usted perdonado, señor.

Lord Coopdem echó un vistazo en torno suyo y valoró el buen gusto de la decoración.

— Me gusta. ¿Quiere usted enseñarme las demás dependencias?

— Con mucho gusto, señor — replicó el criado, que era un

suboficial de la «S.A.»—. Pasemos al salón.

La electrónica tenía un preponderante papel en la instalación doméstica del departamento. Puertas, ventanas, mobiliario y ornamentación estaban controladas mediante circuitos ocultos. Las puertas se abrían y se cerraban silenciosamente, de modo automático, sin fallos.

Había un amplio salón, con terraza e invernadero lleno de flores, una cocina-comedor del más refinado estilo siglo XXI, un despacho de trabajo que parecía el de un ministro, enteramente electrónico, con cinco pantallas, computadora múltiple, analizador de datos, registro informático, y archivo microfílmico, y cuatro dormitorios, de los que sólo se utilizaban regularmente uno o dos.

Jackie Lorran se retiraba a las diez de la noche y no volvía hasta la mañana siguiente, a las ocho. Sin embargo, aquella noche tenía órdenes de quedarse. Su servicio duraría cuarenta y ocho horas.

También examinó lord Coopdem el regio cuarto de baño, de ornamentación oriental, y le agradó su comodidad.

— ¿Qué va usted a cenar, coronel? — preguntó Lorran.

— Lo que acostumbre mi anfitrión — replicó lord Coopdem, sonriente—. A él le harán tomar mis antipáticas comidas dietéticas. Ahora me desquitaré.

— La cena estará servida a las nueve. Puede usted trabajar o leer hasta esa hora.

— ¿Suele el coronel Flak recibir visitas o llamadas aquí?

— Muy pocas. Casi todas relacionadas con el servicio. Además, se han desconectado las líneas exteriores. Sólo tenemos comunicación con la «Agencia».

Sin embargo, a los quince, minutos, cuando estaba terminando el baño, Jackie llamó por el interfono:

— Coronel, lo siento... La vecina del apartamiento superior desea verle.

— ¿Puede oírme?

— No. Aguarda en el salón.

— Es un contratiempo, Jackie.

— Lo sé, señor. Control ordena que la reciba usted. Ha insistido mucho en verle.

— ¿Por qué no le ha dicho que no estoy?

— Se lo he dicho, pero la señora Efremov ha sonreído y me ha contestado que le ha visto llegar a usted.

— ¿Ah, la recién casada? ¿Ha hablado antes conmigo?

— No.

— Bueno, si control dice que la reciba, será por algo.

— Sí. Desean saber el motivo de la visita.
— Saldré dentro de unos minutos.
— Sí, coronel.

* * *

Didia Efremov era una maravillosa criatura. Vestía un largo quimono azul pálido, abierto por delante y sujeto a la cintura con una hebilla magnética, y su cabello de color rojo sangre aparecía recogido en una especie de corona.

Era esbelta, de facciones exóticas, sugestiva y exquisitamente femenina.

— Perdóneme, coronel Flak —fue lo primero que dijo, poniéndose en pie y abandonando la revista que tenía en las manos—. Siento mucho molestarle...

— ¡Por Dios, «señora», usted no puede molestar jamás! — replicó lord Coopdem—. Me ha dicho Jackie que vive usted en el piso superior.

— Sí, hemos venido aquí hace unos días. Estamos recién casados... Mi nombre es Didia Efremov—. La mujer hablaba con naturalidad, gracia y un cierto nerviosismo—. ¿Le sorprende que haya venido a saludarle?

— Pues... A decir verdad, un poco. Nadie sabe que vivo aquí.

— ¡Oh, Viktor es amigo de un caballero que le está inmensamente agradecido! Estuvimos en París con el mariscal Zubianov.

— ¡Ah, comprendo!

— Cuando le dijimos dónde íbamos a residir nos habló de usted... El mariscal ha estado aquí varias veces.

— Sí, cierto.

— Hizo elogios extraordinarios de usted, coronel Flak.

Lord Coopdem sonrió modestamente.

— Elogios inmerecidos, por supuesto.

— ¡Nada de eso! Dice que le debe a usted la vida. Imagine mi impaciencia por saludarle. Mi esposo ha ido a la Galería de Arte que posee en Picadilly y acaba de llamarme diciendo que volverá tarde esta noche.

«Queríamos invitarle a usted a cenar con nosotros.

— Muy amables. Pero no puedo aceptar. Tengo mucho trabajo atrasado esta noche.

— No insisto, porque Viktor no puede volver temprano. ¿Y mañana? ¿Por qué no sube a tomar el «lunch» con nosotros?

— No será posible. Me agradaría mucho, desde luego. No esperaba

tener unos vecinos tan vinculados con el arte, y por añadidura, amigos del mariscal Zubianov. Pero mañana, precisamente, voy a tener un día muy atareado. Quizá estaré fuera todo el día.

—Sí que lo siento.

— Pero ya que está aquí, permítame invitarla a tomar un «sherry-tonic». Envidio a su esposo, «señora» Efremov.

Didia sonrió con una gracia extraordinaria. Lord Coopdem había comprendido, nada más verla, que se trataba de una mujer inquietante. Por dejar bien al hombre que suplantaba, no quiso ser excesivamente descortés. Didia Efremov parecía una mujer moderna, libre de prejuicios, y en la sociedad inglesa de la época las relaciones públicas estaban extraordinariamente extendidas. Y era corriente el hecho de que una mujer casada tuviese amistad con un hombre que no fuese su maridó.

— Es usted muy amable, coronel Flak — dijo Didia, sonriendo de forma fascinante—. Estoy tan sola arriba... Nuestro apartamiento es como éste, pero aquí hay algo especial.

— Supongo que su esposo, experto en arte, habrá acertado en la decoración.

— Sí, sí... Pero hay detalles desgarradores.

Pasaron al salón, donde Jackie Lorran les sirvió los combinados y ofreció tabaco oriental a la mujer, observándola con interés. Él mismo se había cuidado de enviar a «Control» toda la conversación sostenida entre la visitante y el sustituto de Iran Flak.

Al sentarse, Didia cruzó las piernas deliberadamente. El quimono se le abrió hasta la cintura. Las finas medias «panties», caladas y rojas, quedaron al descubierto exageradamente.

En realidad, lord Coopdem era un diplomático y carecía de cierto tipo de mundología. Captó, sin embargo, la provocación, pero trató de disimularlo, preguntándose qué habría hecho Iran Flak en su lugar.

— Hábleme de usted, coronel — pidió ella—. El mariscal Zubianov le describió como un héroe.

— Mi actividad es absolutamente secreta.

— ¡Oh, perdón! ¿Es verdad que los hombres de la «Security Agency» renuncian hasta a su verdadero nombre?

— La gente habla de nosotros muchas tonterías. No somos más que funcionarios acomodados... Nada de importancia.

— Tengo entendido que no se llega a coronel a la edad de usted con mucha facilidad.

— Si lee todo lo que dicen de mí las revistas, se volverá loca.

— ¡Qué apasionante! Tengo entendido que ni siquiera se puede saber cuál es su verdadera fisonomía.

— La está usted viendo. Le repito, no haga caso a los chismes de la prensa.

— ¿Ni de los elogios que hizo el mariscal Zubianov?

— ¿Cómo le conoció usted?

— Viktor es de descendencia rusa. Visitamos la Legación en París y nos encontramos con él por casualidad. Nos invitó a una fiesta.

— Supongo que sería usted la atracción principal. »

—¿Me adula, coronel? — preguntó Didia con coquetería.

— No, le hago justicia.

— El mariscal nos habló de las famosas frases de usted.

Lord Coopdem sonrió.

— A mí sí que me adulan injustamente.

Bebieron ambos mirándose a los ojos. Los de Didia eran grandes y turbadores, brillantes, casi magnéticos. Era, desde luego, una mujer inquietante. Y lord Coopdem se regocijó por ser un hombre de edad y estar profundamente enamorado de su esposa.

Terminadas las copas, Didia se levantó y dijo:

— Satisfecha mi femenina curiosidad, me retiro a esperar a Viktor. ¿Ni siquiera podrá desayunar con nosotros?

— Lo siento. Me será imposible. Otro día, seré yo quien les invite a ustedes. Debo agasajar a mis nuevos y encantadores vecinos.

— Le tomo la palabra, coronel Flak — replicó ella en seguida.

— Con sumo gusto, señora.

— Puede llamarme Didia — sugirió la mujer, tendiéndole su ensortijada mano, que él se llevó a los labios galantemente.

* * *

— Le llama el general Bessard, señor — dijo Jackie Lorran, depositando sobre la mesa un videófono portátil, donde aparecía la imagen en color natural del jefe de la «S.A.».

— Buenas noches, general — saludó lord Coopdem, sonriendo al aparato electrónico.

— Buenas noches, lord Coopdem. Hemos controlado su entrevista con Didia Efremov. No le sorprenda. Hay gran dosis de admiración hacia Iran Flak.

— Lo he comprobado. El esposo de esa mujer es muy afortunado.

— Sí, desde luego. No ha ido a su domicilio porque nuestros agentes no pasan nada por alto. Le han llevado, sin que él se dé cuenta, a uno de nuestros laboratorios. De las quince mil millones de neuronas de su cerebro no ha quedado ninguna sin escudriñar con el «encefaloscopio micrónico». Una labor de varias horas. Le dejaremos ir

y podrá volver a su casa. Creerá que ha estado ocupado en el trabajo atrasado de la Galería.

— ¿Qué buscaban ustedes? — preguntó lord Coopdem.

— Algo que no hemos hallado. La vida de usted empieza a correr peligro dentro de dos horas.

— ¡Querrá usted decir la del coronel Iran Flak! ¿Cómo se porta en Coopdem Manor?

— Mejor que usted en Surrey, señor.

— Es un sustituto maravilloso. No creí que existieran hombres como él.

— Ni yo tampoco. Y sentiría mucho perder a Flak en esta misión. Es posible que muera.

— Flak asegura que mañana es su día favorable.

— Escuche, señor, yo no comparto el entusiasmo de Iran Flak por la astrología. Admito que los astros ejercen cierta influencia natural sobre los seres. Pero el destino es inmutable. Temo más al mago Zodiásgalo que a sus horóscopos.

— Supongo que habrán tomado precauciones, ¿verdad?

— Todas, y algunas más. Nuestros agentes se dejarían matar antes de que a su esposa e hija le sucediera algo... Y, a propósito, ¿le importaría a usted que su hija Evelyn se sintiera atraída por el coronel Flak?

— ¿Qué quiere usted decir con eso, general Bessard?

— Sospecho que mi mejor colaborador y posible sustituto mío con el tiempo, ha impresionado el romántico corazón de Evelyn Coopdem, lo cual, a mi modo de ver, no es descabellado. El porvenir de Iran en la «S.A.» es altamente prometedor...

— Jamás trataré de oponerme a las inclinaciones naturales de mi hija, general Bessard — contestó el Primer Secretario General secamente—, aunque no participe en su opinión sobre el porvenir de mi futuro yerno. Sospecho que no existe profesión más arriesgada que la suya y a nadie le seduce la infelicidad de una hija. Pero...

— Iran Flak pasará pronto a servicios técnicos. El riesgo de la acción directa quedará muy disminuido.

— No nos anticipemos, general. Dejemos que ellos decidan por sí mismos. El tiempo nos dirá el futuro.

— Iran acaba de hablar conmigo. Ha hecho su horóscopo y afirma que mañana es su día favorable... ¡Pero está estrechamente vinculado al amor, factor éste que él no había tenido en cuenta hasta ahora! La influencia de Venus sobre Aries es muy notable.

— Dígale a Flak que olvide a Venus-Evelyn y piense más en la oposición de Júpiter en Tauro, que le puede costar la vida. ¿Acaso

resucitan los agentes de la «S.A.», después de asesinados?

Alfred Bessard sonrió ante la ironía del Primer Secretario General.

— Pocas veces. Más no tema. Trabajamos con un equipo eficiente. Yo creo más en la habilidad de Iran que en su suerte. Buenas noches, señor. Confío en que descanse usted. Nosotros cuidamos de todo. Piense en que ciento veinte personas velan su sueño.

— Es un consuelo —dijo lord Coopdem—. Buenas noches, general Bessard.

* * *

En aquel mismo instante, un «padre» besaba a su «hija» en Coopdem Manor.

Evelyn tuvo la sensación de flotar en el vacío, suspendida en nubes rosadas de felicidad, sintiendo los fuertes brazos de Iran Flak en torno a su cuello.

— ¡Cuánto esperaba este momento, primor! —exclamó la joven.

El hombre serio, circunspecto y grave, en que se había transformado el coronel de la «S.A.», respondió:

— ¡Eres adorable, Evelyn! ¡Nunca he sentido emoción tan dulce!

Con los rostros juntos, ella musitó:

— Esperemos que nada ocurra mañana, alma mía.

— Nada sucederá. Ahora, será mejor que entremos. Tenemos que descansar. Las próximas veinticuatro horas van a ser muy agitadas.

— ¡Permanezcamos juntos un poco más, mi vida! ¿Y si nuestra felicidad se truncase?

— Al menos, habremos gozado unas horas. Eso es algo importante.

— Sí, muy importante.

Una sombra se dibujó en los cristales de la puerta de la terraza. Iran, que la percibió, se separó de Evelyn, adoptando una actitud menos efusiva.

La puerta se abrió, y apareció Alex Robin, el secretario de lord Coopdem.

— ¿Milord? — llamó, mirando hacia la oscuridad.

— ¿Qué hay, Robin? — preguntó Iran, adoptando la voz de su suplantado.

— Son las diez. Debe usted repasar el discurso.

— Déjamelo sobre la mesa del despacho... En pie, Evelyn; se terminó la velada.

— Sí, papá... Hace una noche tan maravillosa.

Se pusieron en pie y caminaron por la terraza. Robin no se movió de junto a la puerta. Al notarlo, Iran inquirió:

— ¿Algo más, Robin?

— Sí, milord. Una carta que ha llegado de Berlín… El mago Zodiásgalo presagia noticias funestas para mañana.

— ¿Zodiásgalo? ¡Bah!

— Parece serio. No deberíamos hacer ese viaje.

— ¿Qué dices, Robin? El canciller Hartmann nos espera a las cinco de la tarde. Necesitamos su ayuda.

— ¿No podría usted sentirse indispuesto mañana? Yo me cuidaría de cancelar todos sus compromisos.

— ¡Imposible, Robin! Es preciso realizar todo el programa… ¿Qué diría el Parlamento de mí?

CAPÍTULO IV

— Jackie, ¿dónde estás? — llamó lord Coopdem, presionando el pulsador del interfono.

Nadie contestó.

— ¡Jackie!

Tampoco hubo respuesta. El dignatario se levantó, tomó el batín que había sobre el sillón y se lo puso. Fue a la puerta, que se descorrió, y salió al amplio pasillo.

El sol entraba a través de las ranuras de la contraventana.

— ¡Jackie!

Nada. Lord Coopdem tuvo que recorrer todo el apartamiento, sin hallar a Jackie Lorran por ninguna parte. Pensó, dada la hora, que habría salido, quizá a buscar la prensa o con algún otro motivo.

Extrañado, no sabiendo qué hacer, porque el sirviente no le había explicado cómo utilizar los medios de control para llamar a las oficinas de la «Security Agency», se dirigió a la cocina. Allí se sirvió un vaso de zumo de frutas.

Mientras lo tomaba, oyó ruido de pasos en el vestíbulo.

— ¡Jackie!

Salió a la puerta y se quedó sorprendido, al ver a Didia Efremov avanzar hacia él con expresión de sonámbula, sin mirarle, con los ojos medio entornados y con un quimono distinto al de la víspera.

— ¡Señora Efremov! —exclamó — ¿Cómo ha entrado usted aquí?

Ella no respondió, avanzando hacia él, con los brazos estirados a lo largo del cuerpo, en una actitud que inquietó al diplomático.

— ¿Qué hace usted aquí? ¡Jackie!

Lord Coopdem retrocedió unos pasos, alarmado. Y de pronto, vio al hombre delgado y pálido que apareció en una puerta del pasillo, saliendo del despacho de Iran Flak, y que se movió con celeridad hacia Didia Efremov, como para sujetarla.

Ella alzó la mano derecha. Un pequeño objeto metálico brilló entre sus dedos. Cuando el hombre delgado sujetaba a Didia, ésta abrió la mano… ¡Y algo centelleante salió despedido y fue a golpear en el pecho del Primer Secretario General, quien emitió un grito!

— ¡Señor, atrás! — gritó el hombre delgado, ahora reduciendo a Didia, que gimió.

Ya era demasiado tarde.

Lord Coopdem se estremeció violentamente, intentó agarrarse al muro, pero las piernas se le doblaron y terminó por desplomarse aparatosamente sobre la alfombra.

Mientras sujetaba a Didia, retorciéndole el brazo izquierdo a la espalda, el individuo presionó un contacto de su radio-reloj y exclamó:

— ¡Emergencia! ¡Iran Flak, atacado!

Didia Efremov no oponía resistencia. Se dejó arrastrar hacia el salón, donde el agente que había permanecido oculto en un armario del despacho, con órdenes de salir sólo en caso extremo, sujetó a la mujer contra una butaca.

Didia Efremov no parecía un ser animado. Daba la impresión de una persona drogada, hipnotizada o en estado de sonambulismo. Había cerrado los ojos del todo y respiraba entrecortadamente.

En pocos minutos, el apartamiento se llenó de personas. Llegó el conserje, el ascensorista, cinco hombres que habían estado arreglando la instalación exterior de los circuitos videofónicos, y otros, que surgieron de sólo Dios sabía dónde.

Alguien examinó a lord Coopdem. Un breve reconocimiento bastó para emitir el fatídico veredicto:

— ¡Iran Flak está muerto! ¡Hay que llevarlo al laboratorio de urgencia! ¡Aprisa, Dick, ayúdame!

La convulsión fue general. Los agentes de la «S.A.» se movieron con una celeridad increíble. El cuerpo de lord Coopdem fue levantado y sacado del apartamento, para bajarlo en el ascensor hasta el garaje. Allí acababa de llegar una ambulancia, equipada con quirófano y auxiliada por tres médicos, quienes procedieron a efectuar un rápido reconocimiento, observando la punción en el pecho, en torno a la que se había formado una mancha lívida.

— ¡Le han herido con una aguja muy fina! ¡Hay que analizarla inmediatamente, Neil! ¡Han debido de emplear un veneno activísimo! Si lo identificamos, aún podríamos hacerle reaccionar.

Mientras el vehículo corría por las calles de Londres hacia el laboratorio de urgencias de la «Security Agency», los controles de comunicación vibraban en todas las redes.

El general Bessard, en su despacho privado, fue informado del suceso, quedando aturdido y desconcertado, sin poder reaccionar. Sólo acertó a decir:

— ¿Cómo...? ¿Cómo ha podido ser?

— Estamos investigado, señor. Se trata de Didia Efremov... Disparó una aguja hipodérmica con una cerbatana neumática de pequeño tamaño. Creemos que la aguja ha penetrado en el cuerpo del coronel Flak.

— ¿Cómo ha entrado? ¿Y los controles?

— Dejaron de funcionar sólo cinco minutos.

— ¿Y Jackie Lorran?

— Nadie sabe dónde está.

— ¡Búsquenlo!

— Lo estamos removiendo todo, señor. Fue Greggor quien actuó, saliendo del armario. Pero no fue suficientemente rápido.

— ¡Arresten a Greggor! ¡Voy para allá inmediatamente!

Antes de abandonar su domicilio, el descompuesto general Bessard efectuó una llamada por control directo, dirigida a Flak. La respuesta fue inmediata.

— ¡Han atentado contra su vida, Iran! ¡Le llevan hacia el laboratorio de urgencias!

— ¡No! — replicó la atónita voz de Flak, procedente del avión-cohete, en el que viajaba desde Cardiff a Londres—. Tono mental... Conecto.

La clave significaba que Iran no estaba solo y que Bessard debía informar directamente a su cerebro, sin esperar respuesta de él. Los circuitos de sus dientes postizos permitían comunicaciones de tal tipo.

Con Iran Flak viajaban Alex Robin y tres secretarias, así como un séquito de escolta oficial, y cuatro periodistas de «Información Internacional». Y, sin embargo, alguien se dio cuenta del cambio de expresión en el supuesto Lord Coopdem.

— ¿Le ocurre algo, milord? — preguntó un agente de Seguridad.

— No, perdón... Debo ir al lavabo.

— Estamos llegando a Londres, milord.

Iran no replicó y se refugió en el lavabo del aparato. Allí obtuvo toda la información y recibió la consigna de continuar con el proyecto como si nada hubiese ocurrido.

— Te tendré informado, Iran... ¡Esa mujer, Didia Efremov, nos ha burlado, aunque parezca imposible! ¡Sigue el plan como lo teníamos trazado! ¡Voy a ordenar el arresto del mago Zodiásgalo a Berlín!

* * *

— ¡No cometa errores, general! —habló Iran Flak, en cuanto estuvo en condiciones de hacerlo libremente, utilizando su propio radio-control—. Le aconsejo sigilo absoluto. Arrestar a Zodiásgalo por haber compuesto un horóscopo que nosotros vamos a desacreditar hoy mismo, no conduce a nada.

»Lo importante es hacer volver en sí a Didia Efremov. Tratar de localizar al verdadero inductor. ¿Ha oído usted hablar de ciertos sujetos que hipnotizan a distancia? Esa mujer debía de estar preparada...

— ¿Supones que nuestro plan era conocido? — preguntó Bessard.

— De pe a pa. Y no lo dude. Habremos de revisar nuestros sistemas de seguridad inmediatamente. Pero que no salte la noticia al exterior. Encierre al que sea, incomunique a todo sospechoso. Yo seguiré viaje.

»¿Y el marido de Didia?

— Estaba apaciblemente durmiendo en su lecho, sin enterarse de nada. Le han interceptado hasta la rasuradora.

— No perdamos la cabeza, general.

— ¡Estoy preocupado por ti, Iran! ¡Si algo falla, no sólo perderemos la cabeza, sino también la paz!

— Confíe en mí. Conozco muy bien mi papel y estoy bien asesorado por Alex Robin, quien a veces extraña algo.

— Todavía no. Deje el viaje a Berlín a mi cuidado. El apoyo de Gina y Evelyn Coopdem me será muy útil.

— ¡No les dejes adivinar nada!

— Descuide.

El general Alfred Bessard dio algunas instrucciones más a su subordinado y luego, cerrando la comunicación, abandonó su despacho, para trasladarse a Surrey, a bordo de un vehículo oscuro y rápido, que conducía un agente de seguridad móvil.

En el apartamento de Iran Flak, los técnicos de la «S.A.», trabajando eficientemente, terminaban la reconstrucción de los hechos. Un oficial saludó a Bessard y le acompañó hasta el salón, donde Didia continuaba hipnotizada.

— Nadie se ha acercado a ella, excepto su esposo. Puede ser hipnosis retardada o telequinesis o hipnosis a distancia — habló el oficial—. En un momento determinado, recibió el impulso, se levantó y bajó a este apartamento. Todo el sistema de seguridad había dejado de funcionar. La puerta estaba abierta. Jackie Lorran ha desaparecido.

»Iran Flak llamó a Jackie varias veces, sin obtener respuesta. Fue a la cocina y se sirvió un vaso de zumo de frutas. Salió al oír algo y se encontró frente a ella.

»Greggor Key oyó algo anormal y salió de su refugió, pero no pudo detener a Didia Efremov, quien llevaba este objeto en la mano —. El oficial mostró al general Bessard la cerbatana neumática, no mayor que un encendedor eléctrico—. Creo que posee un potente dispositivo neumático. La aguja salió por aquí, con su carga de veneno activísimo, de naturaleza desconocida.

— ¿Y no se encontró esto entre los objetos de Didia Efremov, cuando se registraron sus pertenencias? — preguntó Bessard.

— Se encontró, señor. Pero su aspecto es inofensivo. Se consideró un encendedor. Estaba en un estuche de piel roja, entre los regalos de boda.

— ¿Se puede averiguar de quién procede?
— Ya se está investigando. Iran Flak cayó a los pocos segundos...
— Pero; ¿y Jackie?
— Se le está buscando. Es evidente que salió.
— ¿Y nadie le vio?
— Pudo utilizar el montacargas y bajar al garaje.
— Alguien tuvo que verle salir.
— Si lo hizo a pie, es posible que no, señor. Hay dos salidas de emergencia. Y las dos estaban abiertas.
— ¡Cielo santo, cuántos errores! Pero ¿es posible que esto sea obra nuestra? ¿Qué estaba haciendo la vigilancia?
— Al dejar de funcionar los controles, por causas que aún no conocemos, más de ochenta agentes quedaron desconectados.
— ¿Qué motivos alega técnica y control para justificar ese fallo?
— Sabotaje, señor. Hubo alguien que provocó la desconexión total... ¿Podemos desconfiar de Jackie Lorran?
— ¡Naturalmente que sí! —gritó Bessard—. Si no está aquí, ¿dónde está?
Un psicólogo trataba, utilizando un complejo aparato portátil, de hacer volver en si a Didia Efremov. Pero el resultado era nulo. Bessard subió al piso superior, también ocupado por los agentes de la «S.A.», quienes interrogaban al atribulado Viktor Efremov.
Éste era un hombre alto, joven, bien parecido, con leve aspecto oriental, especialmente en sus ojos negros y ligeramente oblicuos. Parecía desconcertado y confuso.
— Soy el general Bessard, señor Efremov. Uno de nuestros mejores agentes, el coronel Iran Flak, ha sido asesinado por su esposa en el apartamento inferior...
— ¡Eso no puede ser! ¡Didia admiraba al coronel Flak! ¡Conocimos en París al mariscal Zubianov y nos habló de su amigo, el coronel Flak!
— ¿Quién le regaló esto a su esposa, señor Efremov?— atajó Bessard, que ya conocía la historia de la primera entrevista de lord Coopdem con Didia, la víspera.
— Esto se lo regaló a Didia una amiga de la universidad... Déjeme recordar... Harass... Sí, Henriette Harass.
— Compruebe eso, Saxon.
— Sí, señor — replicó el oficial aludido, saliendo inmediatamente.
Al poco, otro agente llegó y dijo al oído del oficial encargado de la investigación:
— Didia Efremov ha recobrado el sentido.
El oficial transmitió el recado al general Bessard y éste dejó a

Viktor, para bajar al apartamiento de Iran Flak.

Didia estaba sentada en una butaca, sollozando. El psicólogo recogía sus aparatos.

— No recuerda nada en absoluto. Ni siquiera sabe lo que está haciendo aquí.

— ¿Quién la hipnotizó?

— No lo sabe.

Bessard, ceñudo, se situó delante de la joven.

— Escúcheme bien, señora Efremov, Quizá sea cierto que no sabe nada. Pero usted se ha levantado de la cama esta mañana y, salvando una serie de obstáculos de modo inexplicable, ha llegado usted aquí, provista de este objeto, con el que ha matado al coronel Iran Flak.

— ¡Nooo! ¡No puedo creerlo! ¡Yo no he sido!

— Tranquilícese y trate de recordar.

— ¡No puedo! ¡No puedo! ¡No puedo!

La desesperación de la joven parecía sincera. Se mesaba los cabellos y sus grandes ojos parecían los de un animal acorralado.

— Hay que someterla a un escrutinio mental. En su subconsciente debe estar la influencia que buscamos. No será fácil de hallar, sin embargo, si esta influencia le ha sido transmitida durante el sueño y a distancia.

— Pero ¿es posible eso?

— Será preciso buscar algún dispositivo de comunicación. Cerca de su lecho debe haber algún micro-emisor...

— ¡Su peinado! —Bessard señaló la cabeza roja de Didia—. ¡Despéinenla!

Didia no opuso resistencia alguna. Pero su cabello fue revuelto totalmente y retiradas las horquillas que sujetaban la especie de corona escarlata de su peinado.

Un detector especial, utilizado por uno de los agentes, permitió descubrir una aguja doblada y enredada en el pelo, que hizo oscilar la aguja del detector.

— ¡Aquí está! — exclamó el agente —. Es un microrreceptor de onda ultracorta.

— ¿Dónde se peinó usted ayer? — preguntó Bessard secamente.

— En la peluquería del «Globe Magazine»... Está en la esquina... Era la primera vez que entraba allí... Elegí ese peinado de un catálogo moderno.

— ¿Quién la peinó?

— No recuerdo el nombre... Susana... ¡No, la señorita Sarah!

—¡Vayan a buscarla!

Dos agentes salieron apresuradamente. El «Globe Magazine», en

efecto, era un almacén de gran categoría, con todos los servicios distribuidos en once pisos. Y la peluquería de señoras se hallaba en el principal. Allí salió a recibirles una elegante señorita, en cuya bata de color verde aparecía el nombre personal de «Miss» Lindy.

— ¿La señorita Sarah?

— ¿Qué desean ustedes?

— Somos agentes de Seguridad. Queremos interrogarla. Es importante.

«Miss» Lindy pareció sorprenderse, pero entró en el salón, del que volvió a salir a los pocos instantes, alarmada.

— La señorita Sarah no se encuentra bien... Está en el lavabo.

— ¡Indíquenos el camino!

— Pero...

Los dos hombres no vacilaron. Entraron en el salón de peluquería, causando la consternación entre empleadas y clientes, para dirigirse hacia las puertas amarillas del fondo, tras las que estaban los lavabos.

Todas estaban abiertas, excepto una, que se hallaba cerrada por dentro. Los dos hombres cargaron contra ella para abrirla. Dentro había una joven, con bata verde, tendida en tierra, con un frasco en la mano.

— ¡Aprisa, Jerry; llama a control y que nos envíen una ambulancia! ¡Se ha suicidado!

— ¡La han obligado a suicidarse!

Sin embargo, «Miss» Sarah no estaba muerta aún. El agente que daba las órdenes sacó de su bolsillo una cajita oscura, de la que extrajo una ampolla de cristal, cuya punta rompió, hundiendo el pequeño gollete sobre la primera vena que encontró, junto al cuello.

Llegaron «Miss» Lindy y otras empleadas. Jerry las hizo retroceder a todas, sin muchos miramientos, gritando:

— ¡No pasa nada! ¡Salgan y despejen el salón! ¡Avisen a la gerencia!

Cerró la puerta tras ellas y procedió a establecer contacto radioemisor, por medio de su reloj de pulsera. La prioridad de la llamada hizo funcionar perfectamente los servicios de urgencia de la «S.A.», a la vez que respondía el propio general Bessard.

— La señorita Sarah ha ingerido una droga... Allen le ha aplicado un antídoto universal, por si surte efecto. Aún vive. Necesitamos una ambulancia urgentemente.

— ¡Enviaremos un helicóptero! ¡Ese almacén tiene azotea para helicotaxis! — replicó Bessard—. ¡Actúen aprisa!

Casi al mismo tiempo, otra información llegaba de un club próximo. ¡El dueño había encontrado a un hombre muerto detrás del

mostrador, al abrir por la mañana!

Y las señas coincidían con las de Jackie Lorran.

La autopsia reveló, posteriormente, que el agente Lorran había ingerido una gran cantidad de alcohol, mezclado con luminal. Se supo también que penetró en el club utilizando una llave falsa, en las horas en que no había nadie.

El general Bessard creyó perder la cabeza al saber todo aquello.

CAPÍTULO V

El canciller Hartmann esperaba en el aeródromo de Berlín la llegada del propio Primer Secretario General del Parlamento Euroasiático. Una gran multitud se apiñaba detrás de las vallas de protección. Soldados y policías se alineaban a lo largo de la ruta establecida.

Cuando el avión-cohete procedente de Londres tomó tierra en la pista principal, los altavoces iniciaron la «Marcha de la Paz», que fue coreada por miles de millares de personas.

En medio de aquel ensordecedor clamor y fervor popular, Iran Flak, vestido y caracterizado como lord Coopdem, apareció en la plataforma del ascensor. Los gritos arreciaron.

Detrás de Iran apareció Gina Coopdem, radiante, seguida de su hija Evelyn. Cuando la plataforma estuvo completa, descendió lentamente hasta el suelo, donde aguardaba el canciller Hartmann.

Los dos hombres se estrecharon la mano y se abrazaron. Inmediatamente, Iran Flak saludó a los altos dirigentes políticos alemanes. Había reunidos más de cincuenta. También se encontraban allí altos jefes militares y civiles, así como destacadas figuras de las Ciencias, las Artes y las Letras.

Iran Flak no se sorprendió al ver allí a un individuo grueso, ataviado con un ropón azul, y que ostentaba muchísimas condecoraciones sobre su pecho.

— Nuestro famoso astrólogo, el mago Zodiásgalo — presentó el canciller Hartmann.

— No debió venir a Berlín su Excelencia — habló el obeso personaje, en tono muy grave.

— Lamento no poder compartir sus temores, Zodiásgalo— contestó Iran, sonriendo—. Nos veremos en la recepción de la cancillería. Quisiera hablarle de su gentileza al enviarme tan fatídico horóscopo.

Iran y su séquito continuaron siendo objeto del cálido homenaje popular, para luego subir a una tribuna, cubierta con un arco triunfal, donde estaban las cámaras de «multivisión» y los micrófonos de las principales redes internacionales.

En primer lugar, el canciller Hartmann dio la bienvenida públicamente a su importante invitado.

— Constituye un alto honor para todos nosotros acoger hoy en este país al hombre, cuya iniciativa universal ha logrado la mayor ambición de todos los hombres de la Tierra.

«Lord Coopdem es el símbolo de la diplomacia de todos los

tiempos, el emblema de la esperanza en el entendimiento de los pueblos de América y Eurasia y la mayor gloria del viejo mundo tradicional.

«Excelencia, reciba con este abrazo el testimonio de adhesión y afecto de nuestro pueblo.

Harthann abrazó a Iran Flak efusivamente. Luego, el visitante, con aplomo, mirando hacia donde el mago Zodiásgalo le contemplaba con interés, replicó:

— Pueblo amigo, pueblo hermano, pueblo maravilloso y grande. No es la primera vez que me siento orgulloso de pisar vuestro suelo. Pero, en esta ocasión, mi alegría es mucho mayor.

»Hoy estamos a punto de lograr un objetivo decisivo y vital para la causa de la paz del mundo. El Presidente Ryan me dijo que él deseaba tanto como nosotros la paz y la amistad. Vio en mí el apoyo que me dio Europa y Asia entera. Me habló del fecundo pueblo alemán, a quien admira— se escucharon clamores entusiásticos ante aquellas palabras—. Las circunstancias de una contienda ya terminada nos habían llevado al borde mismo de la más peligrosa confrontación universal de todos los tiempos.

«Nosotros comprendimos que era necesario hacer lo imposible para que los proyectiles permanecieran mudos, y creemos haberlo conseguido. Sólo nos falta que las comisiones técnicas se pongan de acuerdo en cuanto al desarme. Hemos pedido la destrucción total de las armas atómicas. Hemos ofrecido garantías totales.

»Y confiamos, con la ayuda de Dios, en lograr plenamente nuestro objetivo. Entrañable pueblo germánico, confío en vuestra valiosa ayuda. Gracias.

Estallaron aplausos entusiásticos. De reojo, Iran vio a Zodiásgalo aplaudir ligeramente, como para cubrir el expediente.

Iran Flak tenía particular interés en aquel hombre por diversos y significativos indicios. En primer lugar, como habían confrontado por videófono, poco antes de salir de Londres, con el general Bessard, había sido el mago Zodiásgalo el que hiciera el horóscopo de lord Coopdem, sin que nadie se lo hubiese pedido.

Era norma, según dijo, hacer los horóscopos de los grandes personajes. No había en ello ánimo de lucro, sino deseos de contribuir al conocimiento de la ciencia esotérica.

La diplomacia europea estimó que Zodiásgalo no debía divulgar aquel horóscopo, prohibiéndole revelar nada a la prensa. El mago, empero, optó por enviarle una carta a lord Coopdem.

»—Si Zodiásgalo es el instigador de todo esto, no nos puede acusar de suplantación, porque reconocer la muerte de Iran Flak es confesar

su relación con ella — había dicho el general Bessard.

»— ¿Y las infiltraciones y sabotajes que hemos tenido? — había preguntado Iran.

— «Puede que no lo sean. De todas formas, cuando llegues a Berlín, nuestros agentes se pondrán en contacto contigo en el palacio de Posdam, y te informarán de lo que hayan podido averiguar.

»Ahora nos interesa muchísimo averiguar dónde se encuentra Henriette Harass. Es muy extraña la desaparición de esa joven.

»—¿Y la peluquera del «Globe Magazine»?

— Vive. Pero está inconsciente aún. Temo que su caso sea semejante al de Didia Efremov. Alguien debió de sugestionarla a distancia. Éste parece ser el procedimiento común,

»—¿Y si Zodiásgalo sale con algún truco? — preguntó Iran—. Uno de sus trucos puede ser el acusarme de suplantador, alegando haberlo descubierto en los astros.

»— No se atreverá a tanto. Sería denunciarse. Aunque él puede ser tan víctima como lord Coopdem... ¡Ah, y que su esposa e hija no sepan nada hasta vuestro regreso!

No, Iran Flak no había dicho nada a Evelyn, con la que apenas si pudo hablar, en su grave e importante posición de diplomático.

* * *

Después de la recepción en el aeródromo, Iran Flak y su séquito se trasladaron, rodeados de una gran escolta de helicópteros y automóviles, hasta el palacio de Potsdam. Allí las mujeres se retiraron a sus habitaciones y los diplomáticos de la Secretaría General estuvieron tratando asuntos importantes con Iran.

La prodigiosa memoria del coronel de la «S.A.» le permitió salir airoso de la prueba. No falló en ninguno de los asuntos que trataron, por haber memoriza-do todo cuanto lord Coopdem debía estudiar o comentar en Berlín. Y en unos datos no muy claros, fue Alex Robin quien se los facilitó con naturalidad.

Después, Iran rogó que le dejasen descansar hasta las diez. Tenía tres horas de reposo, antes de acudir a la recepción de gala en la Cancillería, y alegó no haber dormido apenas la víspera.

— No se preocupe, milord — le tranquilizó Alex Robin—. Nadie le molestará.

Evelyn le estaba esperando en la suntuosa alcoba. Le echó los brazos al cuello y le besó; luego le preguntó:

— ¿Cómo te ha ido en la reunión de los consejeros de la Secretaría General?

— Bien. Gracias a Robin.

— Mi padre estima muchísimo a Robin. ¿Me dejas estar un rato aquí contigo?

—Ahora, no. Tengo que fingir un merecido descanso. Pero voy a salir, disfrazado de agente de Seguridad. Tengo que ir a la ciudad a entrevistarme con uno de nuestros informadores.

— ¿Por qué no viene él aquí?

— Eso quería mi jefe. Pero ese hombre no puede traer consigo un computador RGH-1.674, cuyo peso es de doce mil kilos. Me traería pequeños informes que no me servirán de mucho. Dime, Evelyn, ¿te ha hecho el mago Zodiásgalo un horóscopo en alguna ocasión?

— ¡Oh, no! ¿Por qué me lo preguntas?

— Por nada, cariño. ¿Quieres quedarte aquí, durante mi ausencia para que nadie me despierte?

— Sí, desde luego.

Iran penetró en el baño, de donde salió a los pocos segundos, ataviado como un oficial de su séquito, con un semblante que en nada se parecía al de lord Coopdem, ¡y habiendo crecido diez centímetros y adelgazado casi veinte kilos!

Al verlo, Evelyn quedó maravillada.

— ¿Cómo lo haces?

— Llevo una piel artificial, ajustada al cuerpo, que se hincha o deshincha por sectores.

— ¿Y cómo creces?

— Eso es distinto, relacionado con el autodominio, utilizando el «yogi-shind» y unos ejercicios que algún día te enseñaré, con los que puedo aumentar o disminuir mi talla normal en siete centímetros más o menos.

— ¿Y cuál es tu talla?

Iran sonrió y exclamó:

— ¡Ya no lo recuerdo!

Besó a la joven y salió de la estancia, deslizándose por los pasillos del palacio con un paso completamente distinto al que era habitual en lord Coopdem.

Su disfraz, había sido bien elegido, puesto que pudo salir libremente y subir a uno de los vehículos de la escolta, ante cuyos mandos había uno de sus subordinados, que le esperaba.

— Vamos a ver a Dawar, Ellis.

— Sí, coronel Flak.

El vehículo se alejó rápidamente, pasó el control exterior de vigilancia sin contratiempos, y poco después corría por las pistas metálicas que rodeaban la ciudad alemana.

Al llegar a su destino, un edificio de oficinas, en el centro de la ciudad, Iran descendió del vehículo y dijo al chófer:

— Deja el coche en el garaje y ven a reunirte conmigo en el despacho del mayor Dawar.

— Sí, señor.

Iran entró en el vestíbulo y se detuvo unos instantes en recepción, para identificarse. En pocos segundos le facilitaron la entrada. Un ascensor le situó en el piso quinto, donde ya le esperaba el mayor Dawar, un sujeto fuerte y sonriente, con cara de alemán.

— ¡Mi querido amigo! ¿Cómo le va?

— Bien, Dawar. ¿Lo tiene todo listo?

— Yo siempre estoy listo. Pero no sé lo que quiere.

— La lista completa de todos los clientes de Zodiásgalo.

— Sí, la tengo, desde luego. Pero necesitaremos seis meses completos para poder leerla.

— He traído una lista. Computaremos mis nombres y verificaremos si se encuentran en las bobinas del mago. Mi lista es completa; en ella figura la fecha y la hora del nacimiento.

— ¡Ah, eso es muy importante!

Entraron en un despacho y pasaron a una sala de computadores electrónicos, donde trabajaban media docena de empleados. Uno de éstos, vestido con una bata negra, se acercó.

— Comprueba inmediatamente esta lista, Gerry. Hay que averiguar si alguien de aquí figura entre los clientes de Zodiásgalo.

El propio Iran Flak estuvo presente en la operación, supervisando los movimientos del técnico y observando todas las operaciones. Cuando se hubo efectuado el registro magnético, la cinta fue introducida en el clasificador, y aquel misterioso mundo electrónico se puso en marcha. En breves segundos, Gerry obtuvo el resultado.

— Siete nombres de esa lista han sido clientes de Zodiásgalo — dijo.

— ¿Cuáles?

— Aquí están señalados… El canciller Hartmann, desde luego… Lord Coopdem, quince veces… Henriette Harass, cinco veces… Iran Flak, cuatro veces…

Iran no sonrió al escuchar el número de veces que Zodiásgalo le había hecho el horóscopo. En la lista aparecía un nombre significativo: ¡Henriette Harass!

El cerebro de Iran trabajó a toda velocidad. Aquella persona figuraba en la lista que había traído de Londres, porque en la investigación que efectuaba la «S.A.» la mujer era amiga de Didia Efremov, y precisamente, quien le regaló el encendedor que resultó ser

una cerbatana neumática.

Pero Henriette Harass no se encontraba en Inglaterra. Los más hábiles sabuesos de la «Security Agency» indagaban con ahínco, tratando de averiguar el paradero de la que había sido compañera de estudios universitarios de Didia.

Sin embargo, otras sorpresas aguardaban a Iran.

Gerry siguió diciendo:

— Didia Jung, tres veces.

— ¡Didia Jung es el nombre de soltera de la señora Efremov! — exclamó Iran.

— Exactamente — dijo el mayor Dawar—. Se hizo el horóscopo la primera vez al mismo tiempo que su amiga Henriette Harass.

— Pero hay otro nombre... El de Gina Gardner, o sea lady Coopdem — añadió Gerry—. Zodiásgalo le hizo dos veces el horóscopo.

— ¿Puede proporcionarnos Zachary Müller copias de esos horóscopos, Dawar? — preguntó Iran.

— Supongo que sí. Zachary está bien situado en Rhurstrasse.

— Consíganlo cuanto antes. Lo necesitaría para antes de las diez... ¿Dónde está Ellis?

Se refería al chófer del servicio de Seguridad que le había acompañado hasta allí, a quien mandó con el coche al garaje, quedando en reunirse en la oficina de Dawar.

— ¿Dónde está? — preguntó el mayor Dawar.

— Ya debía de estar aquí. Sólo tenía que dejar el coche en el garaje.

Dawar dio una rápida orden por intérfono. La respuesta que le dieron fue sorprendente:

— Ellis no ha llegado, señor.

Iran Flak optó por ir directamente al garaje, acompañado por el mayor Dawar. Un ascensor les dejó en el sótano, donde varios hombres trabajaban en la entrada y salida de vehículos. Dos de ellos se acercaron.

— No ha venido.

— Le ordené dejar el coche aquí e ir a reunirse conmigo en la oficina. Tengo el tiempo muy justo... Será mejor que me proporcionen un vehículo similar. Necesitaré un chófer; de lo contrario, no podré volver al palacio de Potsdam sin despertar sospechas.

Dawar dio órdenes de que buscaran el coche y al chófer desaparecido mientras preparaban otro coche. A los pocos minutos, un vehículo de las mismas características que el desaparecido se situaba en la rampa de salida.

Iran se despidió de Dawar, haciéndole varias recomendaciones finales, y luego subió al vehículo.

— Vamos al palacio de Potsdam.

— Sí, señor.

Cuando estuvieron en la calle, Iran notó algo singular en el conductor y se puso alerta. El individuo miraba con frecuencia por el espejo retrovisor.

— ¿Ocurre algo? — preguntó.

— Sí, coronel Flak. Va usted a permanecer quieto, escuchando un mensaje que recibirá por el auricular de su derecha. No intente nada, ni pretenda salir del coche. Esto es una operación especial.

— ¡Vaya, caímos en poder del enemigo!

— Correcto — dijo el chófer sin volverse.

Efectivamente, de la rejilla del auricular salió una voz metálica y pastosa, que dijo:

— Reciba nuestro más cordial saludo, coronel Flak. Sabemos que sustituye usted al fallecido lord Coopdem, y debemos felicitarle, porque su comportamiento y actitud en la recepción del aeropuerto ha sido intachable. No hay muchos hombres de su excepcional valía.

»Sin embargo, hemos organizado este encuentro para hacerle una seria advertencia. El Primer Secretario General ha muerto. Es mejor que informen ustedes al Parlamento Europeo. Si lo hacemos nosotros, habrá una investigación diplomática y, nos tememos mucho no va a quedar indemne ningún dirigente en la «Security Agency».

Sabíamos, por el horóscopo de Zodiásgalo, que lord Coopdem tenía que morir hoy mismo. Ya ha muerto. Ustedes han inventado la farsa de la suplantación, porque no les conviene quedar en ridículo. Su prestigio quedará muy mermado.

»Y por otra parte, no sufrirá menos desprestigio Zodiásgalo si falla el horóscopo.

»Nosotros no formamos parte del equipo del sabio astrólogo, cuyo prestigio en el mundo entero nos interesa conservar. Queremos únicamente que la «Security Agency» se aparte del caso, dado que lord Coopdem ya no puede resucitar.

»Nuestro programa es elegir un nuevo Secretario General. Llevaremos a feliz término la negociación con el Presidente Ryan y estableceremos un sistema de paz que no se alterará jamás.

»Por consiguiente, nuestro propósito es mucho más realista y ambicioso que el moderado de lord Coopdem. Si usted colabora con nosotros, cómo lo están haciendo ya muchos agentes inteligentes de la «S.A.», es posible que pueda obtener el cargo de general en jefe mucho antes de lo que esperaba.

«Esta noche, en la recepción en la Cancillería, deberá dar su respuesta afirmativa a nuestra proposición, a la persona que le abordará y le dirá la siguiente contraseña: «La paz será definitiva cuando sólo exista un solo jefe y una sola ciencia». La respuesta de usted, si acepta nuestra oferta, habrá de ser: «Si ello fuese posible, señor, yo daría mi vida por conseguirlo».

Iran Flak notó que sus músculos no le obedecían y un profundo sueño le invadía. Aún creyó ver la sonrisa fluctuando en los labios del conductor, antes de quedar dormido y caer apoyado sobre el respaldo del asiento.

El coche continuó su marcha hacia el palacio de Potsdam.

CAPÍTULO VI

¿Qué ocurrió durante el trayecto desde el centro de Berlín hasta el palacio de Potsdam?

Iran Flak no pudo averiguarlo. Fue despertado al detenerse el vehículo. Ellis, el conductor que le llevó hasta la ciudad, estaba allí.

— Despierte, señor. Hemos llegado — le indicó. Iran miró a Ellis y parpadeó. No se asombró, sin embargo. Tampoco el vehículo era el mismo.

— ¿Qué te ocurrió, Ellis?

— Si le cuento lo que me ordenaron que dijera, no va usted a creerme. Es mejor decir la verdad. Me detuvieron cuando iba a entrar en el garaje. Alguien me disparó un gas letal y caí sin sentido. Al despertar estaba en otro garaje. Luego me llevaron a la carretera, hasta que apareció otro coche, en el que venía usted. Le cambiaron de vehículo y me dieron órdenes de traerle aquí.

— ¿Y qué te dijeron que debías decirme, Ellis?

— Que no había ocurrido nada, que se durmió usted y nada más.

— El mayor Dawar sabe que eso no es cierto.

— Ellos debían suponer que usted aceptaría esa explicación. Sus motivos debían de tener.

— Sí... sí... Creo que tienen buenos motivos. Nada más, Ellis. Espera órdenes. Tengo que volver a mi puesto.

Iran iba pensando en todo cuanto le habían dicho, mientras regresaba a los apartamientos de «lord Coopdem». Encontró cierta dificultad, precisamente con Alex Robin, que estaba en el pasillo principal y no dejaba pasar a nadie a las habitaciones de lord Coopdem.

— Lo siento, señor Robin — dijo Flak, con una de sus múltiples voces—. Pero lord Coopdem me envió a un recado a la ciudad. Le traigo la respuesta.

— ¿Qué recado es ése? — preguntó Robin.

— Absolutamente confidencial, señor Robin.

— Está bien. Pase usted. Yo iré dentro de unos minutos... Y, por cierto, ¿dónde estaba usted?

— Pertenezco al séquito especial de la «S.A.».

Iran se alejó, entró en la «suite» que le habían asignado, donde se encontró a Evelyn, paseando nerviosamente.

— Gracias a Dios que has vuelto. Alex Robin ha querido despertarte dos veces. No le he dejado pasar.

— Tampoco me dejaba pasar a mí — replicó Iran, empezando a

quitarse el disfraz y efectuando una serie de contorsiones, antes de ir a encerrarse en el baño, para adquirir la personalidad y el aspecto de lord Coopdem.

Estaba terminando de arreglarse un poco cuando llamó Alex Robin.

Evelyn le abrió la puerta.

— ¡Hay que despertarle ya, Evelyn!

— Hola, Robin. ¿Qué hay de nuevo?

Alex Robin entró y miró en tomo suyo, como buscando al alguien.

— ¿Y el hombre que acaba de entrar?

— Aguarda en la sala contigua, Robin.

— ¡Ah, perdón! Me pareció extraño que no confiase usted en mí para un asunto particular.

— No era necesario, Robin. Envié a ese agente de la «S.A.»... Una cuestión de seguridad. ¿Hay alguna novedad?

— Varias, señor — dijo Robin—. Ha llamado el Presidente del Consejo de Eurasia. Ha sabido lo del horóscopo y teme por usted. Dice que le llame cuanto antes.

— Mennon es muy supersticioso. No le llamaré... Le veré en la Cancillería... Ve a vestirte, hija mía. Tu madre ya debe de estar preparada.

— Sí, papá. Hasta luego... Adiós, Alex.

— Adiós, señorita Evelyn.

— ¿Qué más hay, Robin?

— Un informe, sin confirmar, del jefe superior de policía de Londres... Nos comunica que el coronel Iran Flak ha sido asesinado en su apartamiento, esta mañana.

— ¿Asesinado Iran Flak? — exclamó Iran Flak, fingiendo estupor.

— Estaba encargado de nuestra seguridad.

— El general Bessard lo cambió ayer. Ahora tenemos al mayor Dawar. ¡Sí que lo siento! ¿Qué significa ese informe sin confirmar?

— El caso lo instruye la «S.A.». Ya sabe usted que la policía poco puede hacer en estos asuntos. Pero algo se filtra.

«¡Cuidado, Robin — pensó Iran —, no quieras informarme para enterarte! ¿Te extraña que alguien salga y entre con recados sin que tú lo sepas?»

— Es lógico. La «S.A.» es un organismo que debe reestructurarse de nuevo... ¿Me quieres anudar el lazo, Robin?

El secretario anudó el lazo plateado de su jefe y luego tomó la levita de ceremonia, bordada en oro y pedrería, sobre cuya pechera brillaban las condecoraciones del diplomático.

— ¿Qué tal estoy?

— Impecable, señor. Con su permiso, voy a ponerme también el

traje. Está todo preparado. Saldremos dentro de veinte minutos. ¿Quiere usted apremiar a su esposa e hija?

— Sí, sí...

Iran salió, dirigiéndose acto seguido a la sala contigua, donde encontró a Gina Coopdem, ya vestida de gala, discutiendo con Evelyn, acerca de las joyas más adecuadas para la ceremonia.

Iran se acercó, tomó un soberbio collar del joyero y dijo a lady Coopdem:

— Ponte esto, cariño. Es lo más adecuado... Ignoraba que Gina Gardner hubiese requerido voluntariamente los servicios del mago Zodiásgalo para conocer su porvenir.

— ¿Qué quiere usted decir, coro...? — exclamó la dama, olvidando la recomendación de su esposo de tratar a Iran como lo que representaba.

— Por favor, Gina. No es un reproche. Es curiosidad. Vigilamos al famoso astrólogo y, entre los nombres de sus clientes importantes, ha surgido el tuyo.

Lady Coopdem sonrió.

— No hay nada de malo en eso... Admito que fue una tontería de soltera.

— No estabas soltera cuando te hicieron el horóscopo, Gina. Tú lo pediste con tu nombre de soltera — pareció acusar Iran—. Dos horóscopos pedidos por correo... Hace cinco y dos años.

— Tú también...

— ¡Zodiásgalo hace horóscopos a los políticos importantes, y todos son falsos, porque en mi biografía está cambiada la fecha de nacimiento! — contestó Iran Flak secamente—. ¿Comprendes?

— ¡Eso no puede ser! ¡Yo he visto tu partida de nacimiento!

— Estáis ridículos, mamá. Iran no es papá.

— Me refiero a Lynn B. Coopdem, segundo lord de Coopdem — aclaró Iran secamente —. Es el papel que represento... ¿Y te pregunto quién facilitó a Zodiásgalo la verdadera fecha de nacimiento de tu esposo?

* * *

El brillante vehículo, oficial se detuvo a la entrada de la Cancillería, cuyo jardín se hallaba profundamente iluminado. Un maestro de ceremonias atendía a los visitantes. El propio canciller Hartmann estaba en el vestíbulo recibiendo a los invitados.

La llegada de «lord Coopdem» y su familia fue acogida con destellos de luces de cadmio, para las cámaras de «multivisión» y los

fotógrafos, situados en una batería, a diez metros de distancia.

El canciller Hartmann salió al porche y estrechó la mano de Iran, la de Gina y la de Evelyn. Omitió saludar a Alex Robin, que se mostraba circunspecto, a un lado.

Luego, los dos dignatarios, precedidos de sus acompañantes, entraron en el majestuoso vestíbulo, recargado de obras de arte de todos los tiempos.

— Observe, Excelencia — dijo el canciller confidencialmente—, que hay un despliegue de fuerzas en la cancillería. Se corre el rumor de que van a atentar contra su preciosa vida.

— ¿Se refiere usted al horóscopo que ha hecho circular el mago Zodiásgalo?

— A eso me refiero.

— He pretendido mantenerlo oculto, pero ya ha trascendido hasta el consejo de Europa. El señor Mennon me ha llamado para ello... No tema, señor canciller, mi vida no corre ningún peligro. Se supone que soy la esperanza de paz para Eurasia. ¿Quién puede tener interés en matarme?

— ¡Oh, mucha gente! Ocupa usted un alto y envidiable cargo... Allí está mi amigo Zodiásgalo. Veamos qué nos dice de su famoso horóscopo. Me alegraría infinito que lo rectificara.

Entre la muchedumbre de dignatarios que invadían las salas interiores de la cancillería, la obesa figura del famoso astrólogo destacaba por sus ropas llamativas, aunque ahora no vestía el ropón azul que llevaba por la tarde, sino un «kashmir» plateado, con turbante oriental, todo de alto precio, como el diamante de muchísimos quilates que lucía sobre la frente, refulgiendo a la luz del salón.

Iran pensó en que, posiblemente, sería Zodiáslago quien le diera la contraseña que esperaba oír aquella noche: «La paz será definitiva cuando sólo exista un solo jefe y una sola ciencia».

Zodiásgalo saludó al canciller y a Iran, con una leve inclinación, de cabeza diciendo al mismo tiempo:

— Encantado de volver a verle... Milady... Señorita... Es un gran honor para mí tener la honra de saludarle, excelencia.

— Hemos estado hablando de usted, Zodiásgalo. Yo ignoraba que mi esposa fue cliente de usted.

— Se asombraría su Excelencia si conociera el número de mis clientes... Y no el número, propiamente dicho, sino la calidad social. Sé que usted no cree en los astros... Pero el día 15 no ha terminado aún.

— ¿Espera usted ver confirmado su horóscopo? — preguntó Iran.

— Nada me alegraría tanto como haberme equivocado. Desgraciadamente, en este caso no hay error. Lo he comprobado.

— ¡Por favor, Zodiásgalo! —intervino el canciller seriamente—. Sólo faltan dos horas para que termine el día quince. Nuestro invitado de honor saldrá de aquí después de la media noche. ¿Quiere usted decir que le asesinarán en mi compañía?

Una sonrisa meliflua asomó a los labios del astrólogo.

— Puede que no, señor canciller.

— ¿Entonces...?

— Es posible que lord Coopdem no sea lord Coopdem. ¿No le han informado de la muerte, en Londres, del coronel Iran Flak?

— ¿Qué quiere usted decir? — preguntó Iran, recurriendo al truco de la «palidez artificial» por medio de sus circuitos de influencia magnética.

— El desprestigiado servicio llamado «S.A.» ha podido montar una suplantación...

— ¡Conozco muy bien a lord Coopdem! —exclamó el canciller Hartmann.

— ¿Conoce también al coronel Flak, señor?

— ¿Quiere usted decir que yo no soy lord Coopdem, señor Tanzy Osberno? — preguntó aviesamente Iran Flak.

El mago no se inmutó en absoluto,

— Me alegra que sepa usted de mí tanto como sé yo de usted, Excelencia. Eso facilitará nuestro futuro entendimiento. Ahora, con el permiso de sus señorías, daré una vuelta por ahí a saludar a los invitados. Hay personajes muy importantes esta noche aquí.

Zodiásgalo hizo una reverencia y se alejó.

Hartmann tomó a Iran del brazo y se volvió hacia Gina y a Evelyn.

— ¿Me permiten que secuestre brevemente a mi invitado de honor? Tenemos algunas cosas de qué hablar... Venga por aquí, lord Coopdem. Y no haga caso a Zodiásgalo. Me consta que, a veces, yerra.

— Esta vez, me te temo que no, señor canciller. ¿De qué quiere hablarme?

— Deseo tener una breve charla entre usted y mi Primer Ministro, Kurt Schrader.

— ¡Ah, sí! Vino a verme a Londres, hace dos meses, en visita privada.

— Lo sé. Tiene tanto interés como cualquiera de nosotros en firmar el tratado de desarme con América. Creo que Kurt desea ingresar en el Consejo de Eurasia. Usted puede ayudarle. Mr. Mennon me ha prometido su ayuda.

— Desde luego que sí. Estimo mucho a Schrader.

En realidad, la breve charla la hicieron el Primer

Ministro alemán y Flak, porque, nada más iniciada, en una sala privada, el canciller fue requerido para recibir a un alto personaje africano, llegado a última hora.

Y Flak no se extrañó en absoluto, por las referencias que tenía, cuando Kurt Schrader, en el curso de la conversación, dijo:

— La paz será definitiva cuando sólo exista un solo jefe y una sola ciencia.

Iran miró fijamente al rubio diplomático alemán y extrajo una pitillera de oro, del interior de su levita, y se la ofreció al otro.

— ¿Un cigarrillo, señor Schrader?

— Gracias.

— Se encienden solos... Conozco la respuesta que debo dar. Pero he pensado que, antes, de darla, necesito aclaraciones.

— Lo siento — dijo Kurt Schrader—. No estoy en condiciones de pactar.

— ¿Debo aceptar, pues, sin rechistar?

— Es usted libre de hacerlo, lord Coopden.

— O se me dan garantías absolutas o no colaboraré con el proyecto de ustedes.

— No tenemos nada más que hablar, coronel Flak — dijo Schrader —. Ya podemos salir.

— Aguarde. Supongo que aquí no nos molestará nadie... El cigarrillo empieza a hacer su efecto, señor Schrader. Lo nota, ¿verdad? Eso está bien... Es una droga inofensiva. Pasarán sus efectos antes de media hora.

Kurt Schrader se había puesto en pie, arrojando el cigarrillo en el cenicero de oro que había en la mesita contigua. Pero su mirada era ya turbia y volvió a sentarse, frotándose la frente.

— ¿Qué...? ¿Nos desafía usted?

— Mi desafío está respaldado por cinco millones de agentes, Schrader. Dígame, ¿quién es el jefe y cuál es la ciencia?

— Zodiásgalo y la Astrología.

— Estaba previsto. ¿Está mezclado el canciller Hartmann en esto?

— Sí.

— ¿Cómo han matado a lord Coopdem?

— Esa labor es estrictamente de Zodiásgalo. Sus agentes actúan en otra esfera.

— ¿Ha comprado a todo el gobierno de este país?

— No se trata de eso. Él influyó para obtener los puestos que ocupamos.

— Eso me recuerda algo el período nazi. Y es asombroso que un

tipo como Tanzy Osberno haya adquirido tanto poder. Debe de ser sumamente rico.

— Es la primera fortuna de Europa.

— Lo cual no deja de ser una ilegalidad.

— Nosotros recibimos órdenes suyas. Su propósito es conseguir el nombramiento de Primer Presidente Mundial, por encima de Ryan, de Mennon y de todos ustedes. Y lo conseguirá, porque está dispuesto a eliminar a todo el que se oponga a sus deseos. Tiene medios más que suficientes para ello.

— Gracias por su declaración, señor Schrader. Ha sido muy amable. Le aconsejo algún medio radiactivo indoloro para quitarse la vida. Si no le ejecutan ellos lo haremos nosotros en breve. Tal vez mañana mismo.

— ¡No saldrá usted vivo de aquí! ¡Hay más de veinte hombres dispuestos a exterminarle, aunque sea en presencia de su esposa e hija, de las que creen ser su esposa e hija!

— No se preocupe usted por Iran Flak, Schrader. Me he visto en peores situaciones que ésta. Confío en que me den unos minutos de tiempo.

Rápidamente, en alguna región ignorada de su cerebro, sonó como una señal de alarma.

Iran se volvió, a tiempo de ver abrirse una puerta secreta y aparecer dos hombres con libreas de criados de la cancillería. ¡Y en sus manos empuñaban armas desintegrantes!

El coronel Flak poseía una pasmosa rapidez de reflejos. Era como si su instinto natural estuviese activado por los circuitos electrónicos de su arsenal privado.

Un gesto de torsión en la muñeca dejó ver un orificio en la piel, junto a la mano. Dos rayos ígneos surgieron silenciosamente. Y los dos criados se desplomaron muertos.

— Eso debe comunicar con otro importante lugar, Schrader — habló Iran—. Vamos para allá. Ayúdeme a retirar la basura y luego me prestará usted su ropa y fisonomía. Sólo tenemos unos minutos.

También efectuó Iran una llamada por el emisor de su reloj, musitando unas palabras en clave, que fueron contestadas por otras, no menos misteriosas:

— «Atave-ka-dega-eldewa-uno».

— Gracias, Müller.

Kurt Schrader obedeció dócilmente, ayudando a Iran a esconder los dos cadáveres con librea y a cerrar la puerta del pasillo secreto, que, efectivamente, conducía a un despacho privado de la cancillería.

Allí, Schrader se quitó la ropa, mientras Flak procedía a una

imitación perfecta, sobre una materia que sacó de una caja oblonga, que consistió en moldear el semblante del Primer Ministro alemán.

La rapidez con que se transformó Iran Flak dejó perplejo al dócil Schrader, quien luego se dejó inyectar un narcótico, que le sumió en un profundo sueño.

Iran terminó de arreglarse; se puso las ropas del otro y recuperó objetos de su propio atuendo; luego regresó al pasillo secreto. De la sala privada, volvió al salón.

Buscó a Zodiásgalo, pero no estaba. En cambio, vio al canciller Hartmann, que se le acercó, sonriendo:

— ¿Hecho, Kurt?

— Se ha negado y le hemos eliminado. Lo siento.

CAPÍTULO VII

La primera noticia verdaderamente importante que recibió el general Bossard, aquella noche, una hora después de haber terminado el fatídico día 15 de junio, llegó por videófono, del laboratorio de urgencias de la «S.A.», en Londres.

— ¿Qué hay, doctor Rully?

— Hemos «recuperado» a L.B.C.

Bessard estuvo a punto de saltar en su asiento.

— ¿De veras, doctor?

El otro sonrió en la pantalla cromática.

— Hemos tenido una suerte tremenda. Llevamos el cadáver al quirófano, lo instalamos en el oxigenador y le depuramos la sangre. Nuestro aparato es el mejor del mundo. Ni siquiera los americanos poseen una máquina como esta.

»Se trataba de eliminar el veneno y localizar la aguja, que estaba insertada, precisamente, en la vena aorta. Se la quitamos, analizamos sus vestigios, mientras el organismo se mantenía en suspensión animada y logramos descubrir el veneno, que es un compuesto de curarina y cicuta.

«Hemos empleado bromo y cloro para el lavado, además de una transfusión de sangre. El resultado es positivo. Lord Coopdem vive y pronto le daremos el alta.

— ¡Si pudiera, le daría un beso, doctor Rully! ¡Devolver a la sociedad esa importante vida significa mucho para la Humanidad!

— Era mi deber, general Bessard.

— ¿Y los otros pacientes?

— La señorita Sarah fue salvada por los agentes debido a su rápida intervención. En cambio, Jackie Lorran murió a consecuencia de «shock» etílico, pues llevaba muerto dos horas cuando nos lo trajeron. Hay más fenol, alcohol y luminal en su cuerpo que sangre. Además, tenía ocupado el aparato con el que habríamos podido ayudarle. No me atreví a quitar a lord Coopdem.

— Ha hecho usted muy bien, doctor. Cuando todo esto se aclare, posiblemente habría sido necesario castigar a Lorran. ¿Cuándo podré hablar con L.B.C.?

— Mañana será algo pronto... Pasado mañana.

— Bien. Gracias, doctor Rully.

Al cortar la comunicación, Bessard llamó por control directo a su oficina, donde el servicio permanente de comunicaciones en clave funcionaba intensamente.

— ¿Hay noticias de Berlín?

— No, señor — le respondieron.

— Llame a Iran Flak. Es una emergencia especial.

— Sí, señor.

Bessard esperó unos minutos sin cerrar la comunicación. Transcurrido este tiempo, la voz de Iran Flak llegó hasta él, a través de un mezclador de sonido, algo deformada.

— ¿Qué ocurre, general? La situación aquí es muy tensa. Al parecer, la conspiración posee proporciones nacionales.

— Me lo temía. ¿Zodiásgalo?

— Sí. He tenido que contraatacar sin perder tiempo. Kurt Schrader me sirve ahora de escudo. Pero debo sacar a Gina y Evelyn Coopdem de aquí antes de diez minutos. Temo la reacción. Me están buscando y no me encuentran, porque no han descubierto aún a Schrader. He llamado a Zachary y le espero de un momento a otro.

— Escucha, Iran. L.B.C. no ha muerto. Rully le ha devuelto la vida.

— ¡Eso es formidable, general!

— Por lo tanto, hay que cancelar el resto de la operación. Debes regresar inmediatamente a Londres. Toma un avión-cohete y vente para acá.

— Tengo que cortar, general. El asunto se complica... Ya le llamaré, si puedo...

— ¡Iran! ¿Qué ocurre?

Desde Alemania, Iran Flak no pudo contestarle.

* * *

¿Qué había ocurrido?

Después de inutilizar al Primer Ministro, Iran se vistió con las ropas de Kurt Schrader, modificó sus facciones y salió de la sala, logrando engañar al canciller Hartman.

La falsa noticia que Iran dio a Hartmann sobre la muerte del propio Flak trastornó al canciller, afectándole mucho.

»— ¡No has debido hacerlo, Kurt! — exclamó Hartmann.

»—Zodiásgalo lo ha querido así.

»— ¡Estamos metidos en un apuro, Kurt! ¡Lord Coopdem ha muerto en Londres! ¡Este agente de la «S.A.» le sustituye muy bien, indiscutiblemente! Si le matamos, ¿qué va a ocurrir?

Esta conversación se había mantenido algo alejados de los demás invitados. La llegada de un diplomático francés, acompañado de Gina Coopdem, obligó a ambos a mostrarse de nuevo sonrientes.

— ¿Dónde está mi esposo? — preguntó Gina.

— En seguida vendrá. Está tratando asuntos oficiales.

— El embajador Marcel quería saludarle.

Flak recordaba al hombre que rescató de la prisión submarina de Tosoko, Alejandro Marcel, ahora embajador de Francia en Berlín. Y pensó en utilizar aquella amistad en beneficio de la causa de la paz.

— Iré a buscarle. ¿Quiere usted venir, señor embajador?

— Si está tratando asuntos delicados...

— Asuntos que le conciernen, señor embajador — dijo Flak, sin hacer caso a la mirada intensa del canciller Hartman—. Vengan ustedes. Le acabo de dejar en la terraza. Con su permiso, señor canciller.

Iran tomó a Alejandro Marcel del brazo y se lo llevó hacia una de las salidas del jardín. Gina Coopdem fue con ellos, charlando amistosamente con el diplomático francés.

Mientras caminaban, Iran fue presionando intermitentemente sobre el brazo de Alejandro Marcel, utilizando una clave morse, que el otro conocía perfectamente.

«Atiende, Alex — digitó Iran—. No hables. No preguntes. Soy Iran Flak. No verás a lord Coopdem. Pero llévate a Gina y a su hija de aquí. Sácalas y llévalas a tu embajada. ¿Has comprendido?

Alejandro Marcel miró de reojo al que creía era Kurt Schrader, Primer Ministro alemán, y dijo:

— Sí.

En voz alta, el falso Kurt Schrader dijo a Lady Coopdem:

— He mentido al Canciller Hartmann. Su esposo no está aquí. Pero no ocurre nada grave.

— ¿Qué quiere usted decir?

Estaban ya en el jardín, donde nadie podía oírles. Iran utilizó entonces su propia voz:

— Escuche, lady Coopdem. Soy el coronel Flak. No haga caso a nadie. Alejandro las llevará a la embajada francesa. No se preocupen de mí.

— ¿Ocurre algo, Iran?

— No haga preguntas, se lo ruego. Busque a su hija y váyase con Alejandro.

El diplomático francés, que conocía los métodos de actuación del coronel Iran Flak, tomó del brazo a Gina y se la llevó sin contemplaciones, mientras que Iran regresaba al salón, donde estuvo un rato examinando a los invitados, hasta descubrir al mago Zodiásgalo, que estaba hablando con el canciller Hartmann.

Se dirigió hacia ellos sin vacilar.

— Disculpen — dijo hablando en alemán, con el mismo acento que

Schrader.

— ¿Qué ha sucedido? — preguntó Zodiásgalo muy excitado.

— Se negó.

— ¿Y lo han matado?

— Ha sido un accidente.

— ¡Por Júpiter, ese hombre no debía morir! ¿Se da usted cuenta de la gravedad el asunto? ¡Todos los aquí reunidos creen que es lord Coopdem! ¿Qué hacemos ahora?

— ¡Usted supuso que aceptaría nuestra proposición!

— ¡Yo supuse! ¡No podemos basarnos en simples suposiciones! Estaba todo previsto. Si no aceptaba colaborar con nosotros, debíamos actuar como se había acordado.

— Es que aparecieron los hombres y él extrajo un arma secreta que llevaba en el brazo, bajo la piel. Se dispararon y él cayó.

— ¡Vamos a verle ahora mismo!—exclamó Zodiásgalo, pero no se movió, mirando los zapatos a Iran.

¡Los zapatos era lo único que Iran Flak no se había cambiado con Kurt Schrader!

Y precisamente aquel pequeño detalle sirvió para que el astrólogo se diera cuenta del engaño.

El canciller Hartmann había avanzado unos pasos hacia la sala donde se habían reunido poco antes con el presunto Lord Coopdem. Zodiásgalo dijo, en voz alta:

— Vayan ustedes. No conviene que me vean mucho hablando con los primeros dignatarios. Aquí se analiza todo.

— ¿Qué hacemos con él?

— Iré a reunirme con ustedes dentro de cinco minutos. Lo haré por el pasadizo secreto.

Iran comprendió que la inquietud y la duda se habían apoderado del mago. Posiblemente, los acontecimientos se iban a precipitar. Por lo tanto, se puso en guardia.

Abrió la puerta de la sala, dejando que Harmann entrase primero. Él lo hizo después y, al cerrar la puerta, su mano cayó sobre la boca del canciller y se la tapó, a la vez que le sujetaba con extraordinario vigor.

— Cuidado, señor. Creo que si hablamos cada uno nuestra lengua, nos entenderemos mejor. Soy el coronel Iran Flak, de la «S.A.». ¡Su conspiración está descubierta! Zodiásgalo va a ser detenido de un momento a otro por nuestros agentes. Usted se va a ver complicado en un proceso de traición. Kurt Schrader me lo ha contado todo. Le he dado un narcótico y su declaración ha sido enviada a Londres.

»Quiero que ordene usted la detención de Zodiásgalo. Hágalo y

evítenos la intervención directa nuestra. No va a ganar nada, porque, de todos modos, su carrera política ha terminado. Pero evitaremos males mayores.

»Si no lo hace usted, y luego confiesa plenamente, ocurrirá un desastre. Alemania puede ser invadida por tropas europeas. América interpretará esto como una acción provocativa y, de momento, el tratado de desarme no se firmará, ¡puesto que lord Coopdem está muerto!

Hartmann temblaba en los brazos de Iran, cuya férrea tenaza le dominaba.

— Hágalo, canciller. Es la solución mejor para todos. Una orden suya, y la escolta se llevará a Zodiásgalo. La policía intervendrá todas sus propiedades e incautará su oficina del n.° 71 de la Ruhrstrasse. Y mañana podremos decir que su astrología era completamente falsa.

— No puedo... No puedo — jadeó Hartmann, sofocado, al dejarle su captor un respiro para hablar—. Un hermano de Tanzy es el jefe de la policía secreta. No lo arrestarán.

— ¿Y se van a hundir todos ustedes, hundiendo también a Europa y desencadenando, posiblemente, una guerra intercontinental? — exigió Iran en tono apremiante.

Hartmann trató de forcejear, por lo que Iran se vio obligado a propinarle un golpe de «shan-karat», en la base del cráneo, dejándole sin sentido. Luego, lo arrastró hasta situarlo detrás de un sillón.

Se compuso la ropa y salió rápidamente de la sala.

No pudo llegar a la salida del jardín. Varios diplomáticos y dos criados le rodearon, todos ellos sonrientes. Al volverse, Iran vio a Zodiásgalo al otro extremo del salón.

— ¿Quiere acompañarnos, señor Schrader? — preguntó uno de los hombres que le rodeaban.

* * *

Zodiásgalo se volvió y señaló una pantalla catódica, que había a su espalda, en aquel impresionante lugar donde había sido conducido por sus captores.

— Ahora verá cómo hemos sabido improvisar, coronel Flak. Nosotros también poseemos grandes actores y comediantes. — Zodiásgalo presionó un pulsador y la pantalla se iluminó, mostrando una panorámica del salón de recepciones de la cancillería alemana—. Vea cómo hemos conseguido otro lord Coopdem. Fue usted muy amable al dejarnos sus ropas.

Iran vio la larga mesa, presidida por el canciller Hartmann. A su

lado había un hombre en todo parecido a lord Coopdem... ¡Y vio también a Evelyn y Gina Coopdem!

Aquello le convenció de que Alejandro Marcel no había podido cumplir su encargo. Entre Gina Coopdem y el presunto Primer Secretario General había varios altos dignatarios.

Y también vio Iran a un hombre que era exactamente igual que el Mago Zodiásgalo.

— Admito que han sido rápidos — dijo Iran, volviéndose a mirar a los seis agentes de policía que estaban situados delante de la puerta, calculando las posibilidades que tenía de eliminarlos a todos con una de sus armas ocultas bajo la piel artificial.

— Deseche toda idea de fuga, coronel — habló Zodiásgalo, como si hubiese leído sus pensamientos—. Está usted dentro de un cubo magnético. Ahí recibo a las visitas peligrosas. Trate de salir.

Por vez primera, Iran se dio cuenta de que, efectivamente, algo así como un muro insalvable le separaba de los otros. Tocó las invisibles paredes. Aquello era una jaula perfecta, sin barrotes.

— La cena durará dos horas aún —siguió diciendo Zodiásgalo—. Antes de la mitad de ese tiempo, necesito la firme promesa de su colaboración. Yo también le daré a usted lo que me pida. Si no tiene bastante con ser jefe de la «Security Agency», le puedo nombrar Cónsul General en América, África o Asia. Habrán modificaciones geopolíticas en el Mundo Nuevo, regido por la inmutable y originaria voluntad de los planetas.

«Conmigo lo será usted todo, coronel Flak. Sin mí, vivirá sólo una hora.

— ¿Y cuánto vivirá usted, señor Osberno? — inquirió Iran, desafiante.

— Tengo una larga vida, ¡al igual que usted! —replicó Zodiásgalo, sonriente—. Nosotros hemos nacido para entendernos, bajo un mismo signo.

— Hay un contrasentido en sus palabras. ¿De qué depende que viva una hora o muchos años?

Zodiásgalo hizo una seña a los agentes, que ya no eran necesarios en su santuario. El cubo magnético en torno al cautivo era ya suficientemente sólido.

Iran se volvió y vio salir a los seis agentes de policía. Tras el último se cerró la puerta. Entonces se puso en pie, abandonando la butaca y tocó las paredes magnéticas que le envolvían. Estaba encerrado en algo más de un metro y medio cuadrado. El techo era de dos metros y medio.

— No se moleste, coronel. De ahí no puede salir sin mi permiso. Es

una jaula perfecta. Y como verá, tampoco somos necesarios en la recepción del Canciller, que, por cierto, se encuentra enojado con usted.

— Sera con Kurt Shrader, a quien no veo por ninguna parte.

— Hablemos con tranquilidad, coronel Flak. Voy a exponerle mis planes. Lo que usted haya supuesto acerca de mí puede ser erróneo. Es mejor que nos avengamos.

»No ignoro la fuerza de la «S.A.». Sería un necio si lo hiciera. Pero esa agencia puede desaparecer a una orden mía, cuando se me antoje. En su lugar, habrá un ejército uniformado, cuyos miembros tendrán más poder del que tienen ustedes.

»Mi idea del Mundo Nuevo es distinta a la de lord Coopdem. Y no ignoro que nuestro fallecido amigo hubiese querido más poder del que él mismo podía esperar de sus semejantes. Era un diplomático, lo que significa que, para obtener concesiones de los demás, debía empezar por hacerlas él mismo.

»Yo no hago concesiones para que me den nada. Tengo todo lo que necesito. Sé y puedo exigir. Quien me estorba, lo elimino. Para mí, es fácil recurrir a la hipnosis a distancia. Mis colaboradores dejan micromisores en las personas que me interesan. Por medio de ondas ultrasensibles, envío mis mensajes y «convenzo» a mis amigos. Sé quién es débil y quién es fuerte. A los débiles los domino bien. Ellos reciben mi mensaje y me obedecen ciegamente.

»Para eliminar a lord Coopden necesitaba alguien que estuviese limpio. Didia Efremov, amiga de otra mía, me facilitó las cosas. La hice venir aquí, mientras estaban en Francia, en viaje de novios, y la «preparé». Luego, no tenía más que enviarle mis «órdenes» y ella las obedecería.

— ¿Su amiga se llama Henriette Harass?

— Sí, ¿cómo lo ha sabido?

— Por la cerbatana neumática. Fue Henriette quien se la regaló.

— Ya. No importa. Lord Coopdem podía morir de muchas maneras. El agente de la «S. A.», Jackie Lorran, también me ayudó por un procedimiento similar.

— ¿Era débil Lorran?

— No. Le convencimos. Él le admiraba a usted. Y la admiración es la hermana menor de la envidia. En el fondo de todos nosotros, siempre hay algo que nos impulsa. Jack Lorran quería ser tanto o más que usted en la «S.A.» futura, y se vendió. Les traicionó y eso le costó la vida. Yo mismo le induje al suicidio. Fue fácil.

»Yo quiero la dirección política mundial. Lord Coopdem era un estorbo, a causa de su gran prestigio. Habría demorado mis proyectos

y a mí me corre mucha prisa.

— Mi tiempo es lento, Zodiásgalo. Soy mucho más joven que usted.

— Sí. Por eso, si quiere ayudarme ahora, le nombraré mi sucesor.

— ¿Tanto le intereso? ¿Y sus allegados colaboradores? ¿Los va a relegar por mí?

— Usted vale más que todos ellos, coronel Flak. ¿Qué le parece mi proposición?

— Tengo otra mejor… Muerto Lord Coopdem, yo seré el Secretario General… Y de ahí a dirigir los destinos del mundo entero no hay más que un paso.

Una llamada dirigida a Zodiásgalo impidió la respuesta del mago.

CAPÍTULO VIII

Zodiásgalo recurrió a un antiguo teléfono, al saber quién le llamaba. Por esto, Iran sólo pudo escuchar la conversación fragmentada:

— ¿Qué?... ¿Todo el archivo?...

¿Cómo ha podido ser?... Sí sí. Comprendo. Debí suponer que nuestro amigo Flak no sabe estar ocioso... Está bien, Krugg. Hay que localizar al traidor. Debe de ser uno de los nuestros. Capturad al mayor Dawar y hacedle hablar... No os preocupéis por Flak; le tengo aquí, bien seguro.

El astrólogo colgó el receptor y se volvió a su cautivo.

— Renuevo mi admiración por usted, coronel Flak. Me acaban de comunicar que nuestro archivo electromagnético ha sido copiado. Eso significa que alguno de mis colaboradores más allegados trabaja para ustedes.

— Atinada deducción, Zodiásgalo. Nos ha desestimado usted. ¿Qué diría si soy capaz de anular el cerco magnético que me envuelve?

— Eso no es posible.

— No esté tan seguro — dijo Iran, sonriendo —. Mire este aparato que asoma bajo mi piel. Normalmente, no tengo la muñeca tan gruesa... Esto es un tubo iónico de alta potencia, conectado a una especie de batería isotópica. Un ingenioso artefacto con el que puedo hacer un agujero en su barrera magnética... ¡Y por ese agujero destruir todos los deseos de gloria de su cerebro!

Zodiásgalo, que no estaba muy seguro de que tal posibilidad pudiera ser cierta, se levantó.

— No haga nada, Flak. Si mueve un solo dedo, le fulminaré — diciendo esto, el mago puso el dedo índice de su derecha sobre una placa de control —. No resistirá una descarga de cien mil voltios.

— No, creo que no — murmuró Iran, sentándose de nuevo—. Seguiré escuchándole. ¿Qué más va a ofrecerme?

— Nada más, coronel Flak. Ha sido mi última proposición. Ahora voy a dejarle reflexionar — Zodiásgalo estaba ligeramente nervioso y no lo podía ocultar—. Tengo algunas cosas que hacer. Le dejaré sólo, dentro de su cabina magnética. Le ruego que no intente nada para escapar.

— Puede estar seguro de que haré todo lo contrario. ¡Ah, y siento haberle asustado! Creí que usted confiaba demasiado en su horóscopo. Larga vida, ¿eh? ¿Un puesto máximo?

El otro no le oyó. Salió de la estancia utilizando un muro de

propiedades osmóticas, a través del que se «introdujo», como un objeto punzante puede hacerlo en la mantequilla.

Iran Flak quedó pensativo. Era indudable que había logrado impresionar a Zodiásgalo, al amenazarle con vulnerar el encierro y atentar contra su vida.

No era cierto que Iran pudiera escapar de su encierro magnético. Necesitaba para ello conocer la fuerza y la composición del magnetismo que convertía en materia sólida las moléculas del aire.

No estaba aislado, sin embargo. Las comunicaciones continuaban funcionando. Y gracias a ello, efectuando algunas llamadas en clave, pudo saber cómo iban las cosas en el exterior.

En primer lugar, llamó a Zachary Müller, a quien advirtió del peligro de ser apresado por los agentes de Zodiásgalo. Lo mismo hizo con el mayor Dawar, que estaba de servicio en la Cancillería.

Fue Dawar quien, por medio de la clave secreta, le dijo:

— Se prohibió la salida del embajador francés, Alejandro Marcel. Iba acompañado de la esposa e hija de lord Coopdem. Fueron agentes de escolta de Hartmann. Luego, no sé cómo, sacaron a un tipo exactamente igual que lord Coopdem.

— Estoy enterado, gracias a la gentileza de Zodiásgalo. No hay que perder la cabeza, Dawar. Están actuando de modo precipitado y lo demuestra el hecho de haberme llevado a donde estoy ahora.

— ¿Dónde está?

— No lo sé. Me narcotizaron para sacarme de la Cancillería. Aunque puede que esté aún dentro del mismo edificio.

— ¿No cree llegado el momento de actuar con toda la fuerza? Nuestros hombres se impacientan.

— Aguarde órdenes de Bessard, Dawar. Las operaciones las dirige él desde Londres.

Poco después se produjo la llamada del propio Bessard, que ignoraba la captura de su mejor agente. Iran Flak no quiso inquietarle, diciéndole la verdad. Además, la reavivación del verdadero lord Coopdem cambiaba totalmente el aspecto de las cosas. Aquélla era, pues, la mejor noticia que Iran podía recibir.

Pero, mientras comunicaba con Bessard, alguien entró en la estancia donde Iran estaba prisionero. Esta vez no se trataba de Zodiásgalo, sino de una mujer de extraordinaria belleza.

Iran cortó la comunicación y contempló a la mujer, que era una especie de sibilina, envuelta en un ropaje transparente y largo, a través del cual se descubría la silueta de su incitante figura.

La extraña visitante de ojos grandes, rasgados y pintados, boca tentadora y cruel, gestos felinos y estudiados, se detuvo exactamente

delante de donde Iran estaba encerrado.

— ¿Sabes quién soy, Iran?

— No. Y es una lástima.

— Puedes conocerme mejor, si lo deseas — replicó ella provocativamente —. Mi padre te sacará de ahí y té hará disfrutar con él los placeres del triunfo.

— ¿Tu padre?

— Soy hija de Zodiásgalo.

— ¡Ah, ignoraba eso!

— Mi nombre es Venus Osberno — dijo la hechicera fémina, como acariciando a Iran con la mirada—. Claro que en Inglaterra me conocen con el nombre de Henriette Harass.

— ¡Ah, comprendo! La amiga de Didia Efremov.

— Exactamente. Didia y yo estudiamos juntas.

— ¿Sabes cómo averiguó tu padre que lord Coopdem había sido suplantado por mí?

— ¿No te lo ha dicho él?

— No. Jackie Lorran sabía la verdad, pero no creo que la dijese, ni en estado de hipnosis. En cuanto a que fue sobornado, lo dudo muchísimo. Se le obligó por medios hipnóticos, no sé cómo. Luego, se le ordenó matarse.

— No, no fue Jackie Lorran — dijo la muchacha, sonriendo—. Fue Gina Coopdem.

— ¿La esposa de lord Coopdem?

— Sí. Y las razones debes suponerlas. El difunto lord y su esposa se mantenían unidos sólo por principios sociales. Hace años que no se entienden, pero conservan muy bien las apariencias.

— Creí que Alex Robin estaba detrás de todo esto.

— Bueno, la verdad es que Robin es el amante de Gina Coopdem. Y Lord Coopdem lo sabía.

— ¡Ah!

— Hicieron un pacto un tanto oneroso. Gina y Robin prometieron ocultar la verdad a Evelyn Coopdem, si lord Coopdem se callaba a su vez. Él accedió por su hija, sabiendo lo que esto le perjudicaba. Sin embargo, tuvo mucha suerte en política. No era feliz en su casa, pero le recompensaban los éxitos internacionales.

»Así, establecieron un «stato quo» familiar. Lord Coopdem aceptó la infidelidad de Gina sólo porque Evelyn no supiera la verdad.

— ¿Y es de suponer, para complicarlo más, que Evelyn lo sabe todo? — preguntó Iran.

— No, no lo sabe. Es la única inocente de la familia.

— A mi modo de ver, también lord Coopdem es inocente de la

infidelidad de Gina.

— Eso son criterios. A lord Coopdem le interesa más la Secretaría General, aunque le turbe tener que soportar al amante de su esposa.

— ¡Vaya, vaya! Henos aquí, hombres responsables, tratando de ayudar a la causa de la paz por caminos tortuosos.

— Ni más ni menos. Y lo peor es que mi padre también quiere la paz, pero sin concesiones. Y si para obtenerla ha de decapitar a media humanidad, el fin justifica los medios.

Iran Flak miraba a la mujer que estaba de pie al otro lado de la barrera magnética. Se trataba de una inquietante y turbadora joven, de veinticinco a treinta años, sexual, exuberante y fantástica, que le había revelado hechos extraordinarios. Mas él pensaba: ¿por qué lo hacía? ¿Era la última baza de la partida empeñada por Zodiásgalo, para captarle a él?

— Adivino lo que estás pensando, Iran Flak — dijo Venus Osberno —. Te preguntas por qué estoy yo aquí, ¿no es así?

— Tu clarividencia me sobrecoge.

— Es lógico. Quisiera poder decírtelo de otra manera... La verdad es que estoy enamorada del hombre que puede ser distinto cada día, tanto en aspecto como en actuación, voz, gestos... Ahora, Kurt Schrader me gusta más.

— Gracias por el cumplido, Venus o Henriette — respondió Iran —. Es halagador que un hombre tan anónimo como yo se sienta admirado por una fascinante mujer como tú. Sin embargo, mi corazón está dedicado al servicio que cumplo.

La expresión de la joven cambió, haciéndose demoníaca y agresiva.

— Soy tu última tabla de salvación. Mi padre ha hecho esto por mí. Espera que te convenza. Por eso he venido vestida así.

— Lo de vestida es un decir — declaró Iran, sonriendo.

— A los hombres os gustan las mujeres sin misterio, tal y como somos.

— No, a mí no. Me encanta desentrañar misterios. Lo siento.

— Te queda menos de media hora de vida. Mis condiciones son: tienes que casarte conmigo y colaborar con mi padre. Así, lo tendrás todo... ¡Mucho más de lo que pueda ambicionar nadie!

— No soy ambicioso, pero sí leal.

— ¡Los muertos no son leales!

— ¡Más que nadie! —exclamó Iran—. No conozco a ningún muerto que haya traicionado una causa.

— ¡Déjate de simplezas! Empiezas a no gustarme. Amo el valor y la inteligencia.

— Y yo demuestro poca inteligencia al no caer rendido a tus pies,

¿no es así?

— ¡Eres despreciable! ¡Ahí te pudras!

Diciendo esto, furiosa, Venus Osberno dio media vuelta, para irse por donde había venido. Iran la atajó:

— Un momento, hermosa Venus. Entonces, ¿es cierto que Gina Coopdem y Alex Robin trabajan para tu padre?

— Hay mucha gente que trabaja para mi padre... ¡Más de la que tú mismo supones!

— ¿Evelyn Coopdem también?

— Esa estúpida no nos interesa para nada.

— Gracias.

* * *

Zodiásgalo regresó cinco minutos antes de transcurrida la hora señalada. Se «filtró» a través del muro osmótico, fue hasta su mesa y se sentó, tomando algunos de los objetos que representaban signos zodiacales y mezclándolos entre sí.

— Es singular el modo cómo engañamos a los astros — dijo en tono, solemne —. Yo, que sé más que nadie de astrología, soy el que menos creo en ello. Me he enriquecido con la credulidad de los demás. Han habido días que nuestras máquinas electrónicas han enviado más de cincuenta mil horóscopos... ¡Y hemos recibido cantidades fabulosas a cambio de esas mentiras bien urdidas que la gente ha creído!

»Debido a eso, soy el hombre más rico del mundo... Nadie tiene más «euros» que yo. Por dinero, soy el principal accionista del mundo. Tengo derecho, pues, a que el mundo sea regido de acuerdo con mis intereses.

— El robar a la humanidad no le da derecho ahora a gobernarla — replicó Iran Flak, secamente.

— Dejemos eso. Le queda muy poco para morir. Voy a electrocutarle dentro de tres minutos y medio. Para ello sólo tengo que presionar esta palanca. Cien mil voltios cruzarán su endeble cuerpo y le fulminarán.

»Usted sabe que no puedo fracasar. Tenemos a un hombre que se hace pasar por lord Coopdem. Tenemos a Alex Robin y a Gina Gardner, que nos ayudarán en la suplantación...

— ¡Demasiado lores Coopdem, Zodiásgalo! —replicó Iran—. Y, sin embargo, no tienen lo más importante, que somos nosotros, los agentes de la «Security Agency».

— ¡No os necesito! ¡Poseo un ejército mucho más importante!

— ¡Bravo, Zodiásgalo! Hombres comprados, doblemente traidores.

Al menos, nosotros renunciamos a nuestras fortunas particulares para servir a la seguridad del mundo. No puede haber interés personal ni crematístico en nuestra lucha contra hombres como usted. ¿Qué me importa a mí si usted sacó a Martmann y a Schrader de la escuela de los ambiciosos, para que le sirvieran, sirviéndose ellos?

— ¡Basta, coronel Flak; le queda un minuto!

— Ahórremelo... Pulse ese contacto y fulmíneme. Creo que ya he vivido bastante.

— ¡Aún está a tiempo de vivir, coronel Flak! — gritó Zodiásgalo, suspendida la mano sobre el tablero, donde estaba el pulsador que enviaría al interior del cubo magnético la mortal descarga.

Pero, en el mismo instante en que la mano del astrólogo descendía sobre el pulsador, la luz se apagó, dejando la estancia a oscuras.

Iran Flak sabía lo que había ocurrido. Una de sus órdenes se ejecutó exactamente. El mayor Dawar y un comando de la «S.A.» habían desconectado las seis instalaciones de alta frecuencia que abastecían la ciudad de Berlín.

¡Sólo un apagón, simple y llanamente!

En distintos lugares de la ciudad, los hombres de la «S.A.» actuaron sincronizadamente, dejando a oscuras a la ciudad.

También en el lugar donde se encontraba Iran Flak falló la energía eléctrica. Y ello hizo que se desconectase el circuito que había creado el campo magnético molecular. Al cesar el magnetismo, el muro se desvaneció. Zodiásgalo no pudo electrocutar a Iran, y éste se vio libre de su encierro.

¡Ahora, sus ojos, convertidos en focos de luz hiriente en la oscuridad, vieron al mago, retroceder asustado!

Pero la barrera magnética había desaparecido y el coronel de la «S.A.» se movía con una celeridad inusitada. Saltó como una pantera sobre el obeso personaje, cuyos cálculos, meticulosamente hechos, se desbarataban por un simple corte de energía, eléctrica.

Zodiásgalo gritó al sentir las manos de Iran sobre su cuello. Trató de zafarse de la presión estranguladora, forcejeó, sin éxito, y cayó de rodillas, chillando como una rata herida, mientras las manos de la justicia apretaban inflexiblemente su cuello.

No funcionó nada en el edificio. Hombres al servicio de Zodiásgalo pretendieron penetrar en la estancia, golpeando las puertas sin éxito. Todo dependía de la energía eléctrica allí. Incluso los circuitos de acceso, las cerraduras, los más simples resortes.

El muro osmótico había quedado obstruido. La oscuridad era absoluta.

Y sólo en la negrura, los ojos de Iran Flak, fijos en los desorbitados

de Zodiásgalo, despidiendo luz gracias a dispositivos técnicos extraordinarios que llevaba ocultos en su propio cerebro y en distintas partes del cuerpo, podían ver la agonía de un hombre que lo había ambicionado todo.

— ¡Ésta es su última hora, Tanzy Osberno! —exclamó Iran con furia—. ¡La muerte para el que mata, el odio para el que odia, y la justicia para todos!

Unos minutos más y el obeso astrólogo entregaba su alma al diablo. La presión de las manos del coronel Flak fue inflexible, exterminadora, decisiva y final.

Zodiásgalo tenía que morir y el coronel Flak debía ser su verdugo.

La ejecución fue inexorable.

CAPÍTULO IX

Iran Flak surgió a través del humo. Sus brazos escupían rayos desintegrantes con los que había perforado las puertas, causando docenas de muertos entre los agentes de policía que custodiaban ya, inútilmente, al hombre que ambicionaba ser el dueño del mundo.

Aquellos individuos estaban atemorizados. Sabían que su jefe había muerto. Oyeron sus gritos de angustia y no pudieron socorrerle. Tampoco nadie podía darles órdenes.

Y ni siquiera poseían el valor y la audacia de Iran Flak, enemigo implacable y peligroso, cuyos ataques eran fulminantes.

De sus manos surgieron también granadas explosivas, que explotaban fuertemente hacia arriba. Al arrojarlas, Iran Flak se lanzaba al suelo. Sólo cascotes, fragmentos de muebles y otros objetos caían sobre él.

Pero ante sus ojos se abrían boquetes enormes.

Al reventar un muro, creyendo así alcanzar el exterior, Iran se encontró en una suntuosa alcoba. Tendida en el suelo, completamente desnuda, yacía Venus Osberno. No estaba muerta. La onda expansiva la había lanzado al suelo, dejándola sin sentido.

La luz que surgía de los ojos de aquella especie de Némesis recorrió brevemente la figura. Luego, descubrió la puerta, hacia la que se dirigió, para abrirla.

El pasillo y la escalera estaban solitarios. Él recorrió ambos tramos con fantástica ligereza. Alguien le vio desde abajo, en el vestíbulo, y un rayo de luz intenso y desintegrador surgió de un arma, yendo a su encuentro.

¡La luz se detuvo, chisporroteó en el aire, contenida por un obstáculo invisible, a modo de escudo magnético y paralizador!

Se produjo una fuerte explosión. Algo había volado, desde la mano de Iran, por encima del escudo chisporroteante. El hombre que empleaba el desintegrador quedó desmaterializado. A consecuencias de la explosión, hasta Iran perdió el equilibrio.

Sin embargo, segundos después saltaba hacia el destrozado vestíbulo, alcanzaba la puerta principal, que hizo saltar con un rayo desintegrante, y el aire fresco de la noche oscura de Berlín llenó sus pulmones.

Sólo una verja se interponía ante él. La saltó velozmente, sin temor a ninguna descarga eléctrica, y cayó en cuclillas, al otro lado.

Pero aún existían peligros. La calle no estaba desierta. Varios coches de policía dominaban el edificio que acababa de abandonar. Y

los reflectores hurgaban la oscuridad.

La figura que emergió del edificio llamó la atención de los agentes. Los rayos de luz de las armas láser se concentraron donde creían que estaba Iran Flak. Pero éste cambiaba de lugar a una velocidad pasmosa. Y en sus movimientos centelleantes, sus armas vomitaban fuego sin piedad.

Ráfagas cortas, de rayos desintegrantes. Ráfagas precisas, certeras, hacia donde se le disparaba a él.

Iran Flak aprendió, durante la guerra de la Antártida, una serie de trucos que le habían permitido ingresar en la «S.A.» Y en este organismo no se llegaba a coronel sólo por saber disfrazarse de muchas maneras.

El entrenamiento a que estaba sometido Iran Flak no lo habría soportado ninguno de los hombres de la policía de Berlín, ni siquiera viviendo dos veces seguidas y dedicando las dos vidas al entrenamiento.

Para ser un luchador como eran Iran Flak se había de nacer así. Y él nació para vencer siempre, por muchos que fuesen sus enemigos. Tenía armas y recursos para todos sus enemigos, y lo demostró. Además, su cerebro parecía anticipar todos los peligros, adelantándose a ellos a veces por fracciones de centésima.

Los coches de la policía quedaron ardiendo, hechos chatarra y retorcidos, mientras él se alejaba a toda velocidad por una avenida poblada de árboles, que conocía muy bien.

Minutos más tarde, burlada toda la vigilancia, y dejando tras sí más de cincuenta muertos, aquel hombre prodigioso de la «Security Agency», se daba a la fuga por las principales calles y avenidas de una ciudad sumida en la oscuridad.

La misión, empero, no había terminado.

* * *

Seis supernaves gigantes, volando a quinientos metros de altura, dejaron caer ciento veinte mil hombres dotados con los más modernos artefactos de guerra.

Aquel ejército de ocupación pertenecía a la «Security Agency» y había estado esperando la señal para desencadenar su acción masiva y ejecutoria.

Alemania era un país miembro del Consejo de Eurasia. La invasión de su capital se hacía por tropas de la «Security Agency» euroasiática, y como medida de seguridad interior, por lo que no podía nadie acusar de interferencia extranjera.

Además, para mover aquella tropa, el general Bessard había obtenido un permiso superior. Luego, justificaría con argumentos incuestionables la intervención.

Y ciento veinte mil hombres, hábilmente lanzados sobre infinidad de objetivos, causaron su impacto.

Cinco mil rodearon completamente la cancillería, ocupando sus alrededores y jardines. En caso de necesidad, había una reserva de otros cinco mil más sólo para aquel único objetivo.

Las distintas dependencias de policía fueron ocupadas sin disparar ni un arma. Los oficiales de la «S.A.», se hicieron respetar y las fuerzas de orden público, sin jefes que les dieran órdenes, obedecieron al ejército de Seguridad.

Iran Flak, con su aspecto natural —y el rostro de su última operación facial, que era la misma cara del joven «hippy» de las melenas largas—, vestido con el uniforme de coronel de la «S.A.» penetró en la Cancillería minutos después de invadirlo la tropa.

Agentes especiales facilitaban ya la salida a los diplomáticos y personajes importantes, mientras que los miembros del gobierno alemán, con el canciller Hartmann a la cabeza, eran conducidos a otra sala, debidamente custodiados.

Seguido de más de veinte oficiales, Iran repasó a los diplomáticos «inocentes», a los que dijo:

— Lamentamos lo ocurrido, caballeros. Exigencias de la seguridad euroasiática nos han obligado a actuar de este modo. Ayer se atentó contra la vida de lord Coopdem.

«Nosotros le hemos puesto a salvo y ahora tratamos de desarticular la organización clandestina que ocupaba el gobierno alemán. A todos ustedes, sus respectivos gobiernos les informarán a su debido tiempo.

— ¡Es el coronel Iran Flak! —exclamó el diplomático francés, Alejandro Marcel, avanzando hacia él.

— Hola, Alex. ¿No pudiste cumplir mi encargo?

— Lady Coopdem se opuso a dejar la cancillería. Alegó que había venido con su esposo y no saldría de aquí sin él.

— Ven conmigo, Alex... Todos ustedes pueden regresar a sus domicilios. Se les informará de todo lo sucedido.

Mientras los diplomáticos salían, Iran y Alejandro Marcel se dirigieron a otra sala, donde la tropa custodiaba a los inquietos seguidores de Zodiásgalo.

Allí, en un grupo, estaban Alex Robin, Lady Coopdem y Evelyn. Formando otros grupos había más de cuarenta personas, y entre ellas el propio canciller Hartmann. Iran vio también, junto a éste, a Kurt Schrader y a otros ministros.

— ¡Iran! —gritó Evelyn, al ver entrar al coronel de la «S.A.».

Corrió hacia él y le abrazó, sin recato alguno.

Iran correspondió cariñosamente al abrazo y se volvió a Marcel.

— Deseo que te la lleves ahora de aquí, Alex. A ella sola.

— ¿Qué ocurre, Iran?

— Lo siento... Pero tu madre está complicada en la conspiración.

— ¿Qué dices?

— Es mejor que seas fuerte. Tu padre está bien. A tu regreso a Londres, él te lo explicará todo. Llévatela, Alex.

Alejandro Marcel tomó del brazo a Evelyn y la sacó de la sala.

Iran Flak se encaró entonces con los detenidos, mirando alternativamente a unos y otros. Se fijó en el hombre asustado, cuyas facciones eran casi exactas a las de Lord Coopdem.

— Zodiásgalo ha muerto. Como todos ustedes eran instrumentos suyos, la justicia les pedirá cuentas. Es su ambición la que les ha perdido. En el mundo en que vivimos, estas aventuras siempre terminan así. Debían saberlo.

»Yo supongo que Tanzy Osberno les compró la conciencia cuando ninguno era nadie. Era fácil para él. Pero todos ustedes le sirvieron, conociendo sus planes.

»No esperen clemencia, porque no la habrá. Les hemos dejado aprovecharse demasiado tiempo de la situación privilegiada que ocupaban... ¿Quién es usted? — Esta pregunta iba dirigida directamente al hombre que se hacía pasar por Lord Coopdem.

— Me llamo Silas Werner, soy actor. Me pidieron imitar a lord Coopdem por razones de estado y no tuve más remedio que aceptar.

— ¿Quién se lo pidió?

— Wasili Osberno, el jefe de policía — dijo el hombre, señalando a un sujeto de ostentoso uniforme, que miraba tristemente al suelo.

— ¡Coronel Flak! —exclamó Gina Coopdem, acercándose, seguida de Alex Robin—. ¿Por qué nos retienen aquí?

— ¿No lo sabe, milady? — preguntó Iran.

— No. Vine a esta fiesta por especial deseo de la «S.A.»...

— Es mejor que no diga nada más, señora Gardner — le replicó Iran—. Haga como el señor Robin y todo irá mejor.

— ¡No le entiendo!

—¿Quiere que le diga en su cara que engañaba usted a su esposo y que desde hace años no vivía con él, por favorecer a Evelyn? ¿Quiere que le diga a todos los que estamos aquí quién facilitó la información más importante a Zodiásgalo para asesinar a su propio esposo?

— Es mejor que no digas nada más, Gina — dijo Alex Robin, con voz ronca—. Hasta en la traición es preciso saber perder.

— ¡No, soy inocente! ¡Yo no amaba a Lynn! ¡Nadie puede obligarme a convivir con él, contra mi voluntad!

— ¡Hágala callar, Robin! —ordenó Iran secamente—. Pensaba silenciar algunas cosas íntimas, que sólo la perjudican a ella.

— ¡Es usted un farsante, coronel!

— ¡Basta, Gina! —gritó Alex Robin.

El espectáculo era lamentable. Incluso los detenidos, todos cómplices de Zodiásgalo, se sentían avergonzados de tanta bajeza. Pero Iran arregló el caso, dando una orden a su oficial más próximo:

— ¡Llévensela de aquí y que permanezca incomunicada!

— Sí, señor.

Cuatro soldados tuvieron que sacar a Gina Gardner casi a rastras de la sala.

Cuando se hizo el silencio, Iran fue hacia donde el canciller Hartmann estaba sentado en una butaca.

— Señor, lamento decirle que debe considerarse como prisionero de estado.

— No esperaba tanto. ¿Qué ha sido de Zodiásgalo y de mi... de su hija Venus?

— El mago está muerto... Vi a Venus tendida en su alcoba. Ignoro si ha muerto o no. Pero lo sabremos pronto. ¿Qué relación tenía usted, con ella?

— Venus Osberno era mi esposa, coronel.

— ¿No está usted casado con «Frau» Hartmann?

El canciller denegó con la cabeza.

— La mujer que todos creen mi esposa es mi hermana Hilda. Mi casamiento era secreto.

— Comprendo. Es una sorpresa para mí, señor... Bien; todos ustedes son cómplices de Tanzy Osberno. — Ahora, Flak giró sobre sus talones—. Un tribunal especial, nombrado por el Consejo de Eurasia, les juzgará. Los cargos ya saben cuáles son... Traición, sedición, cohecho, falsedad, perjurio, fraude, y complicidad en asesinatos. En este caso, los fines políticos están descartados, puesto que Zodiásgalo ha sido un aventurero sin escrúpulos y ustedes sus más allegados colaboradores.

— ¿Hemos de esperar la pena de muerte? — preguntó Kurt Schrader, con voz trémula.

— Me temo que sí, señor Schrader. Debo decirles que lord Coopdem fue asesinado, pero nuestros laboratorios de urgencia le han devuelto la vida.

»Otras personas, sin embargo, han muerto.

— ¡Era Zodiásgalo quien daba las órdenes!—se defendió un

hombre al que Iran no conocía.

— Sí, lo sé, amigo. Pero ustedes las obedecían.

— ¡No podíamos negarnos!

— Pero podían llamarnos por videófono. Ha sido preciso movilizar muchos hombres para destruir esta conjura. De todas formas, señor, tendrá ocasión de exponer sus argumentos ante los jueces.

— ¡Yo seré juzgado, pero tomaré venganza!

Diciendo esto, el hombrecillo saltó hacia Iran, extrayendo de su manga un objeto parecido a un pequeño encendedor, que intentó abrir.

No lo logró porque Iran, rápido como el rayo, le sujetó la mano, y le descargó un tremendo izquierdazo que le envió a las etéreas regiones oníricas, con la mandíbula desencajada.

Aquel individuo resultó ser uno de los hombres más activos de los agentes de Zodiásgalo. Su ingenio maléfico había ayudado mucho en el éxito del astrólogo. Se llamaba Iván Raskov, eran de origen ruso, y acompañaba a Zodiásgalo desde sus primeros días de estudiante e intrigante.

Después de noquear a Raskov, Iran Flak dio la orden de que los detenidos fueran conducidos a prisión, incomunicados unos de otros. Él retuvo a Alex Robin.

— Usted y yo tenemos que hablar.

— No es necesario. Supongo que Zodiásgalo ya lo habrá hecho por mí.

— Pero usted no sabe lo que él ha dicho.

— Si estoy aquí, supongo que habrá dicho lo suficiente.

— Usted facilitó la información necesaria para la muerte de lord Coopdem. ¿Qué le indujo a ello? ¿No tenía cuanto podía desear a su lado?

— No. Yo era el fruto, él la rama. Él actuaba, yo apuntaba. Sólo le pude quitar la mujer. ¿Y qué salí ganando? Ya lo ha visto. Se la hubiese regalado, de haber podido. Pero algo era algo. Él nació lord; yo, en un pequeño apartamiento.

»Sin mí, nadie le habría conocido, porque el hambre aguza más el ingenio que la cultura. Yo, secretario de lord Coopdem... ¡Y él era el Primer Secretario General!

»Le odiaba como se odia a una alimaña inútil. Pero, aunque quería su muerte, jamás hice nada por matarle, hasta que Gina me lo propuso. Ella había hablado con los hombres de Zodiásgalo.

»De pronto, la idea se me apareció como algo extraordinario. Me ofusqué momentáneamente. Luego, comprendí mi error, pero ya era demasiado tarde.

»Esto me ocurre por haberme mezclado con gente ruin como Gina... ¡Ah, malhadado destino! Si al menos hubiese tenido la capacidad creadora de Zodiásgalo, cuyos falsos horóscopos le enriquecieron. Pero yo sólo podía ser el apoyo de un Primer Secretario General. Ése sí que es mi destino. Ahora, tras el primer desliz, la cárcel o la muerte.

— Voy a decirle algo, Alex — dijo Iran—. Su libertad y su vida dependen de lord Coopdem. Me consta la importancia de su trabajo. Sé que el hombre al que ha querido matar, instigado por Gina, no habría llegado a negociar con éxito en Washington de no haber sido por usted.

Alex Robin sonrió tristemente.

— ¿Quiere usted decir que pueden perdonarme si continúo ayudándole?

— Quiero decir que, desgraciadamente, no se encuentran hombres de su valía. Si lord Coopdem accedió a perder a su esposa, no fue por su hija, ni mucho menos, sino por no perderle a usted.

— ¿Cómo? — exclamó Alex Robin, atónito.

— Lo que Zodiásgalo y Venus Osberno me han contado de usted lo sabía ya por Evelyn Coopdem. Ella es la que ha soportado en silencio el sufrimiento de la actitud rencorosa de todos ustedes.

»De haber sido lord Coopdem un hombre verdaderamente importante, de los que no necesitan a nadie para conseguir lo que se proponen, usted no habría tenido ocasión de intrigar con Gina Coopdem para matarle. Como tampoco Zodiásgalo habría podido obtener su ayuda, que bien poca ha sido.

—Yo informé a Gina de lo que averigüé en la secretaría. Ella obtuvo lo demás, espiando detrás de las puertas.

— Muy propio de ella. Pero no se haga ilusiones. Lord Coopdem puede ambicionar un cambio de vida. No es de los hombres que se arriesgan constantemente, sabiendo que existen muchos Zodiásgalos.

— ¿Y puede que no desee aceptarme?

— Sí, puede. Sin embargo, un hombre de su talla política no se retira bruscamente. Debe tratar, por todos los medios, de conseguir que el Presidente Ryan firme el tratado de desarme. Y no será él solo quien luche por ello... Seremos usted, yo, y el mundo entero, en masa. He ahí una importante misión, tras la cual habrá cumplido usted con su deber, Robin.

— Lord Coopdem puede hallar hombres tan capaces como yo.

— Sí, con el tiempo. Ahora, en la presente situación, no. Imagine que la justicia le condena, Robin. Y su sentencia puede ser: condenado a seguir al lado del hombre cuya muerte deseó, para beneficio de la

humanidad.

— Acepto — dijo Alex Robin gravemente.

— Haré lo que pueda por usted… ¡Pero el tratado de desarme ha de ser firmado!

— ¡Lo será!

Iran Flak estrechó la mano de Alex Robin.

— Mañana mismo volverá usted a Inglaterra conmigo y con Evelyn.

— Estoy a sus órdenes, coronel Flak. Le confieso que cuando le vi la primera vez, no me gustó usted nada. Ahora, le admiro profundamente.

— Yo también sé perder cuando me conviene — contestó Iran.

EPÍLOGO

El mismo día en que el Presidente Ryan, de los Estados Unidos de Sud, Centro y Norteamérica, firmaba el tratado total de desarme, gestionado por las comisiones técnicas de Eurasia, África y América, gracias a la excelente labor del Primer Secretario General, lord Coopdem — y en especial a su secretario Alex Robin—, Evelyn Coopdem y el coronel Iran Flak se casaban en Coopdem Manor, delante de una pantalla de videofonía.

Esto era posible en la segunda década del siglo XXI.

Una pareja, hombre y mujer, marcaban el número del juzgado matrimonial de la región. Luego, se ponían delante de la pantalla. Una serie de circuitos electromagnéticos tomaban nota fotográfica de las facciones y de las manos que ambos contrayentes debían alzar, en señal de acatamiento.

Mientras el juez gastaba los diez minutos del «discurso», los archivos funcionaban. De los registros matrimoniales de la capital surgían los datos negativos. La pareja no había contraído matrimonio anteriormente. El juez, por lo tanto, podía hacer la inscripción.

Era el método más rápido y seguro. Acudir al juzgado era un engorro. El trámite se simplificaba mucho por videófono.

Al terminar la ceremonia, el juez les dijo:

— Recibirán su certificado por correo... Ahora, personalmente, coronel Flak, permítame felicitarle.

— Gracias, señor.

— Y a usted también, señorita Coopdem... Perdón, señora Flak.

Iran cerró el aparato y abrazó a su esposa.

Estaban solos en la gran mansión. Hasta los criados tenían fiesta aquel día memorable. No por la boda de la señorita, que nadie esperaba, ni siquiera ella, misma, sino por el acontecimiento que lord Coopdem había protagonizado.

Iran llamó por videófono aquella mañana. Ella contestó a la llamada.

»— ¡Oh, Iran, cuánto tiempo sin verte!

»—Lo siento, amor mío. No he podido. Tenemos muchísimo trabajo.

»—Al menos déjame que vaya a verte. ¿Estás en tu apartamiento, en Surrey?

»—Sí, acabo de llegar a Londres. Procedo de Berlín. Pero no es necesario que vengas. Iré a verte yo.

»—¿A qué hora llegarás?

»—A las tres.
»— ¡Te esperaré con los brazos abiertos!
Él acudió puntualmente a la cita. Llegó con un coche nuevo, muy rápido, moderno. Se abrazaron fuertemente, y poco después, sentados en el salón, surgió lo de la boda. Nadie estaba seguro de quién empezó la conversación.
Pero fue Iran, siempre práctico, quien indicó la solución:
»— ¡Nos casamos ahora mismo, aquí, sin testigos! »
— ¡Oh, Iran!
»—No seas ingenua. ¿Para qué tenemos el videófono?
Y aquel aparato de comunicaciones a distancia les convirtió en marido y mujer.
— ¿Qué hacemos ahora?—preguntó ella, trémula de felicidad.
— Pues... Si llamo a mi jefe, puedo obtener unos días de permiso. O la bronca más fenomenal de mi vida, aunque no lo creo. Últimamente, Bessard está muy almibarado conmigo.
— Llámale. Si te da permiso, nos podemos ir al norte de Escocia, en viaje de novios. Sólo tengo que echar una maleta en el coche. ¿Tienes dinero?
— Yo nunca llevo dinero para bodas ni viajes de novios — replicó él, riendo.
— Papá nos prestará cien mil «euros». Ya se los devolveremos... Vamos a mi habitación a preparar la maleta.
Subieron a la habitación de Evelyn, asidos de la cintura, besándose.
— ¿Y por qué no vamos al sur de España? — preguntó él, de pronto—. Pasaría por mi apartamiento y tomaría algunas cosas.
— Tengo un miedo terrible a tu apartamiento, Iran.
— ¿Lo dices por Didia?
— Sí.
— Olvídala. Ayer se reconcilió con su esposo.
— ¡Eres un cínico! ¡Y me lo dices como si tal cosa! ¡Sé que has estado con ella bastantes días!
— Bueno. No me la quitaba de encima. Es muy...
— ¡Sé muy bien cómo es Didia Efremov! ¡Hubiese dado algo por que el tribunal de justicia política la tuviera en prisión, con los otros!
— Era inocente. Fue dominada por Raskov. Actuó impelida por la hipnosis.
— ¿Y sigue siendo sonámbula cuando acude a tu apartamiento?
— No... Vamos, Evelyn, no seas celosa.
— ¿Tengo motivos o no? Hace cuatro meses que me tienes con el alma en vilo.

— ¡Ya estamos casados! ¿Qué más quieres?

— Estar siempre contigo.

— Eso será más difícil. Primero es el deber. Luego, el hogar...

Durante varias horas permanecieron en el dormitorio de la joven, sin pensar ninguno en las maletas. Después sintieron hambre y bajaron a la cocina a prepararse algo.

Cuando llegó la doncella de Evelyn, a medianoche, no pudo creer lo que veían sus ojos. Salió escandalizada. Fue precisa toda la persuasión de Iran Flak, a la mañana siguiente, para convencer a la servidumbre de que estaban casados.

Y hasta recurrieron al juzgado matrimonial de Cardiff, para que el juez de turno diese testimonio del acto de matrimonio.

Sin embargo, aquella misma mañana, los recién casados decidieron marchar de viaje de novios, tras haber recibido Iran una llamada de parte del general Bessard, para felicitarle:

— ¿Cómo ha sabido usted...?

— Ya sé, Iran, desconectaste todos tus controles. Eso sólo podía significar una cosa: que Evelyn Coopdem te había pescado, al fin.

— Pues, sí... Eso significa. No me importa que los besos de Didia Efremov diviertan a los encargados del control. Pero los de Evelyn sólo me pertenecen a mí.

— En vista del caso, puedes disfrutar de un mes de permiso. Pasa por caja y que te den veinticinco mil «euros». Si no ocurre nada en treinta días, no te llamaré.

— ¿Y si ocurre?

— Bueno, Iran; los permisos de oficiales y jefes, se suprimieron hace años... En 2015, concretamente. Sólo los subalternos están equiparados a la clase obrera. Pero tú eres nuestro mejor agente.

— Espero que no surja nada, general. ¡Le reto a que me localice!

— ¡No hagas disparates, Iran; por el amor de Dios!

* * *

Alfred Bessard pulsó un conmutador y abrió un armario. Al alargar la mano para tomar la medicina, se vio el rostro en el espejo. Sus ojos estaban cansados. Tenía bolsas en los párpados. Se tocó el rostro y sacó la lengua.

— Tú sí que necesitas un descanso, «viejo» — murmuró—. Ya has cumplido sesenta años. Tienes que empezar a pensar en el retiro. Lo mejor sería una casita en el campo, un jardín y... ¿Por qué no te casaste cuando era tiempo?

»¿Eh, por qué? ¡Ah, amigo Flak, tú sí que sabes lo que haces!

Ahora tienes treinta años. La mitad que yo. Hasta los cincuenta no alcancé yo el grado de general… Y tú, bribón, dentro de poco ocuparás mi puesto. Yo tendré que irme y no tendré nadie que me cuide… Ni mujer, ni hijos… ¿Y para qué quiero yo que me cuide nadie? Me pasaría el día gruñendo… ¡Bah!

Bessard tomó su medicina, haciendo guiños, y luego volvió a su mesa de trabajo. Unos instantes después se había olvidado de sus inquietudes íntimas.

El circuito de órdenes funcionaba perfectamente.

— Sí, Saxon, te Oigo. Tienes que buscar el modo de sacar a Greggor Key de las manos de la justicia… ¡Hazlo como puedas! Nosotros sabemos que debió actuar más rápido… Sí, es una buena idea… Me parece bien. Que le cambie el rostro el laboratorio de cirugía… ¡Ah, y procura dejar algún cadáver en su lugar! ¿Para qué quiere la justicia uno de nuestros agentes?

Hubo más llamadas. Una era de tipo sentimental.

— Sí, te oigo, Jerry… Repito: Didia Efremvo y su esposo se han reconciliado y ya viven juntos en su finca de las afueras de Londres… Muy bien. Deduzco que por eso se ha casado Iran… ¡Sí, se ha casado hoy mismo! ¡No, ayer! ¿Y qué importa? Vamos a pasar sin él treinta días… Creo que debe cesar la vigilancia en torno a los Efremov… Fueron unas víctimas como nosotros. Retira a tus hombres y vuelve a la base… Corto, Jerry. Llaman desde Alemania.

Otra comunicación.

— Sí, Bessard… ¡Hola, Müller! ¿Al fin listo?… Es un respiro. Siento lo de Hartmann. No debisteis darle la facilidad del suicidio, aunque nos ahorra mucho trabajo… ¿Qué pasa con Venus Osberno?

Bessard dejó de hablar para escuchar al oficial Zachary Müller:

— Es una invasión de misivas. Todo el mundo quiere saber lo ocurrido con Zodiásgalo. Se me ocurrió que podíamos explotar su negocio… ¿Sabe lo que íbamos a ganar cada año? ¿Está sentado? Ahí va: ¡mil millones de «euros» al año! Claro que sería un robo. Esto era lo que hacía Zodiásgalo. Sus archivos son interesantísimos. Aquí tenemos cartas increíbles.

— ¿Qué pasa con Venus Osberno? — insistió Bessard.

— Su padre la utilizaba para fines empresariales. Es una mujer extraordinariamente hermosa, sin duda. Ni siquiera en su celda deja de inquietar a los guardianes. Salimos a escándalo diario, y hay días que escandaliza dos o tres veces. Sugiero que cumpla su condena en estado de hibernación.

— ¡Hum! No es mala idea. Pero saldrá de ahí, dentro de cinco años, igual que entró. No se habrá hecho justicia.

— Lo importante es que nos deje en paz. Además, tiene metido en la cabeza continuar el trabajo de su padre. Estudia astrología.

— ¿No se puede prohibir eso en Alemania?

— Ni en Inglaterra, creo.

— Bueno, sus escándalos no llegan hasta aquí. Si los guardianes lo pasan bien... Dime, Müller; Zodiásgalo ofreció su hija a Iran, pero ella estaba casada con Hartmann.

— Zodiásgalo se la hubiese ofrecido al diablo. Tener una hija así es tanto como una plaga o una calamidad pública. No había un palmo de limpio.

— ¿Y el nuevo gobierno?

— Estupendo. Al menos, lo hacen bien y tienen ganas de trabajar.

— ¿Y Kurt Schrader?

— Con los veinte años que le han puesto de encierro, tiene bastante. No cumplirá la condena. Está ensimismado y triste.

— Lo deploro. Creo que han sido severos con él. Debieron serlo igual con Lady Coopdem...

— ¡Lady Coopdem deberá ser trasladada a un centro psiquiátrico, general!

— Lo suponía.

— Está muy trastornada. No hace más que pedir joyas y prendas caras. Tiene más de dos mil vestidos en su celda. Se pasa el día arreglándose, empastándose la cara, peinándose y cambiando de vestidos.

— ¡Pobre lady Coopdem!

— ¿Cree que una revisión de su caso podría exonerarla?

— No quiero oír hablar de eso, Müller. Chiflada o no, está bien donde está. Y si la llevan a un manicomio, mejor. Pero no debe salir de ahí, ni es conveniente que se hable de ella. Estoy esperando a ver cómo terminan Lynn B. Coopdem y su secretario.

— Tengo entendido que se llevan muy bien — apuntó Müller.

— Aparentemente, sí. A todos nos interesa. Pero ¿quieres oír una grabación privada, cuando hablan creyendo que nadie los oye? Tengo una muy singular. Escucha, Müller, voy a reproducírtela.

»Se encuentran en el Austral Hotel, de Washington. Esto fue hace ocho días, antes de firmarse el tratado de desarme...

* * *

— Adelante, Robin.

Alex Robin, circunspecto, entró en la sala de trabajo de lord Coopdem.

— Aquí está el resumen de lo que debe usted decir al Subsecretario de Defensa, míster O'Hara. Tiene dos horas para memorizarlo.

Lord Coopdem consultó su reloj.

— ¿Cuántas palabras tiene, Robin?

— Mil doscientas.

— ¡Oh, no; me estás aumentando la ración!

— Lo siento, señor. Es preciso hacerlo. Permítame recordarle que el coronel Iran Flak memorizaba ocho mil palabras a la hora.

— ¡Yo no soy Iran Flak, Robin!

— Usted es el Primer Secretario General.

— ¡No, Robin; el Primer Secretario General eres tú!

— Yo no soy lord Coopdem.

— ¡Me odias, Robin; siempre me has odiado!

— No lo suficiente, señor. De lo contrario hace tiempo que le habría dejado.

— ¡No lo harás! Te necesito, Robin.

— Usted no necesita a nadie, ni nadie le necesita a usted. Es el mundo, desquiciado, quien nos necesita a los dos. Por eso estamos aquí. No importa que sea usted un chiquillo y yo su cerebro adulto. Lo hacemos por los millones de seres que tienen derecho a vivir.

— ¿Ya empiezas tus discursos?

— A veces es bueno sacar la verdad a relucir.

— ¡Quisiste matarme, Robin!

— La verdad es que no lo quería. Créame, señor. Ni quiero que muera nadie. Soy un pacifista.

— ¿Dices eso por que temes que la «S.A.» te esté espiando?

—Me importa un bledo la «S.A.». Escuche, señor. Yo no tengo más ambición que la paz. A eso dedico mi existencia. Todo lo demás, aunque el mundo se mate entre sí para conseguirla, me importa poco.

»Usted tiene prestigio. Sé que lo ha adquirido a través de mí. Y no lo dude. Sin mí sería usted lord Coopdem y nada más. Conmigo ha sido el Primer Secretario General... Y cuando se unifique el Parlamento Mundial, seguirá usted siendo el Primer Secretario. Ese título no se lo quitará nadie, mientras viva.

»Y eso quiero yo, señor. Porque la verdad, que sabemos usted y yo muy bien, es que el Primer Secretario Mundial seré yo.

— De acuerdo, Robin. No te discuto eso.

— Lo demás, no importa. Y la «S.A.» lo sabe. Y les conviene. Ellos no son tontos, ni mucho menos. Confían en mí. Y no importa lo que parezca, sino lo que es.

»Su mujer llegó a convencerme de que podía anularle, señor. Fue un disparate que estuvo a punto de costarle la vida a usted y a mí el ir

a la cárcel. El horóscopo fatal de Zodiásgalo. La única debilidad, y no porque creyera en esas cosas. Admito que tuve un instante de soberbia.

»Ahora se me ha pasado. He conocido a los gobernantes de Alemania, a los seguidores de Zodiásgalo... ¡Pobre gente!

— Alto, Robin. Estoy pensando en Gina.

— ¡Está loca! ¡Lo ha estado siempre!

— ¿Tú crees?

— Lo sé. Olvídela. No valía para ninguno de nosotros.

— Y Evelyn, ¿será como ella?

— No, ni como usted. Es mucho más inteligente que usted y que su esposa.

— Gracias, Robin. Es un consuelo.

— Ahora, señor, debe usted memorizar el resumen para míster O'Hara.

— Sí, Robin... Después de todo, te necesito.

— ¡Es este desventurado mundo quien me necesita, señor; usted no!

* * *

Tendido al sol en una playa, cerca de Gibraltar Iran Flak contemplaba a su esposa, sin poder penetrar a través de las gruesas gafas ahumadas.

— Lyn.

— ¿Qué?

— Te amo. — ¿Sí?

— Sí.

— ¡Oh!

Él la siguió mirando. Ignoraba si ella dormía o estaba despierta.

— ¿En qué piensas?

— En nosotros.

— ¿Cómo?

— Quiero tener dos hijos: un niño y una niña.

— ¿Qué nombres llevarán?

— Mark y Susy.

— ¿Por qué?

— Porque me gusta.

Él se inclinó sobre ella y la besó en los labios. Evelyn se estremeció.

— ¡No me beses en público!

— Estamos solos.

— ¿Se han ido los suecos?

— Hace una hora. Pronto se pondrá el sol.

— ¿Debemos volver al hotel?

— ¿Por qué no entramos en el mar, caminando, hasta llegar al fondo?

— Porque nos ahogaríamos.

— Sería delicioso ahogarse contigo...

— ¡Estás loco, Iran!

— ¡Loco por ti, amor mío!

Ella rió alegremente.

— ¿Sabes una cosa, Iran?

— ¿Qué?

— Soy muy feliz contigo... Y, pensándolo bien, para no separarnos más, sería bueno que entrásemos en el agua, agarrados de la mano.

— ¿Vamos?

Se pusieron en pie y echaron a correr. Unos instantes después nadaban vigorosamente, jugando sobre las calmadas olas.

Salieron del agua, se secaron y regresaron corriendo al hotel, a tiempo de vestirse para la cena.

Ambos estaban seguros de ser muy felices siempre. ¿Por qué lo había de ignorar Iran Flak, que llegó a penetrar en el cerebro de su esposa?

No, él no podía equivocarse. Sabía demasiado de todo. Casi no era de este mundo...

F I N